

HISTORIAS SORPRENDENTES

DANTE LIANO

ROGELIO GUEDEA

JOSÉ CARLOS SOMOZA

IMANOL CANEYADA

JESÚS VARGAS

GISBERT HAEFS

© DANTE LIANO, ROGELIO GUEDEA, JOSÉ CARLOS SOMOZA, IMANOL CANEYADA,
JESÚS VARGAS Y GISBERT HAEFS.
Marzo 2018

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Óscar de Pablo.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

EN MITAD DEL PASILLO

DANTE LIANO

En mitad del pasillo, un agujero delataba la decadencia de la empresa de Autobuses Alazán, en otros tiempos servicio de lujo entre Quetzaltenango y Guatemala. Por el agujero entraba aire, humo negro, chisquetazos de agua sucia cuando se pasaba por los charcos (debía haber sido la época de lluvias, el recuerdo no ayuda) y servía de reemplazo al aire acondicionado que se había fundido en la época buena. Cuando subimos, creímos que pagábamos lo mejor, pero al entrar nos dimos cuenta de que los Alazán habían pasado de autobuses a pura camioneta, que es como se llama en Guatemala a los transportes públicos.

Los asientos, para dos, se usaban para tres. Así que mi mujer se fue a la ventanilla, yo quedé en medio, y en la orilla, como Horacio, un señor colorado y de mucho hablar, que así se reveló desde que entró dando voces. Me recordó a mi amigo Michele, fotógrafo romano que andaba por Centro América en la época de la guerra, y que tomó foto-

grafías en blanco y negro, muy impresionantes, de Guatemala, de El Salvador, de Nicaragua. Michele tenía claras simpatías por los movimientos insurgentes, y al regresar a Italia mostraba orgulloso las fotos de hombres con una doble cartuchera que les fajaba el torso, como si fueran soldados de la Revolución Mexicana. También había mujeres con boinas y traje de campaña. Las mujeres posaban con ametralladoras o fusiles.

Una vez, Michele el romano entró a una fonda en Chiapas. Como era muy simpático y se sentía del pueblo, no esperaba que un camionista le dijera:

—Gringo cabrón.

Michele es rubio, de ojos azules. El equívoco era explicable. Para simpatizar con su contrincante, le explicó:

—¡No, gringo no! —dijo con su amplia gestualidad.
—¡Italiano, italiano!

El camionero lo miró con extrañeza.

—¿Italiano? —preguntó.

—¡Sí, italiano, italiano!

El camionero sancionó la conversación con voz de lápida y tumba:

—¡Entonces: italiano cabrón!

Michele contaba: “Entonces yo le contesté *a li mortacci tua!*, tanto no me iba a entender el romanesco”.

Terminaron bebiendo hasta la madrugada.

No habíamos avanzado mucho, quiero decir, ni siquiera habíamos llegado a Salcajá, cuando ya el señor había conversado con la de a lado, con el de atrás, con el de adelante, comentarios banales como se hacen siempre, que el hoyo que está aquí, que cómo brinca la camioneta, que el

chofer es un patojo (dijo “patoco” y entendí de dónde era) y a ver si no nos va a matar. Yo veía acercarse el momento en que me hablaría, y el momento llegó.

Una hora después, el hombre me estaba contando su vida. No recuerdo que haya dicho su nombre, y para el caso no importa. Importaba que fuera italiano y que viniera del Véneto. Yo tenía un amigo de allá, pero él no lo conocía. “Yo no conozco a los italianos ricos”, afirmó con vehemencia. “Esos que ahora andan en helicóptero y son de las buenas familias de Centro América. Imagínese que yo fuera amigo de los Cristiani”, se refirió al que era presidente de El Salvador. “Tampoco soy amigo de los italianos pobres. Esos andan regados por ahí, y no se conocen unos a otros. Los que se conocen son los ricos”. Describía solamente, sin rencor. Como si hubiera una divinidad que distribuyera buena y mala suerte, y a él le hubiera tocado la mala.

Cuando le conté que vivía en Milán, exclamó: “*¡Ah, Milàn l’è un gran Milàn!* Allí fui primero, antes de salir para acá. Trabajé para la Municipalidad, paleando la nieve en invierno, cuando todavía caía nieve en Milán. Ahora cae sólo *smog*, usted abre la ventana y le entra un polvillo negro en la casa. Respira profundamente y es como si se fumara un cigarrillo”, exageró. Me hizo decirle que me encontraba muy bien en Milán y estuvimos de acuerdo que había mucho trabajo en esa ciudad. “Pero no para hacerse rico, sino sólo para trabajar. ¿Sabe qué responde un milanés cuando se le pregunta cómo está? Responde: *stanco morto*. Todos están cansados y bravos, porque el milanés trabaja, pero ninguno se hace millonario. Trabajan como animales para llegar a caer muertos por la noche,

se duermen, y al siguiente día se levantan temprano para seguir en la noria. Eso no era para mí. Yo quería viajar y hacerme rico. Por eso me vine a El Salvador.”

“Porque yo vine a El Salvador primero, y ahora ando en Guatemala en puras diligencias. Mañana salgo a ver a mis hijos (decía ‘hicos’), tomo un Tica Bus que me lleva a San Salvador en un suspiro. Y no está usted para saberlo ni yo para contarle, pero como el viaje es largo y no tenemos nada que hacer, déjeme decirle que mi propósito era reunir un poco de dinero, fundar una empresa, poner una pizzería, y vivir tranquilo, en el trópico, bajo una palmera, bebiendo ron y rodeado de mujeres.

“Lo primero que encontré fue empleo de agente viajero. Como era joven, me gustaba andar de casa en casa, de pueblo en pueblo, de departamento en departamento, colocando mercadería en las tiendas y de puro marinero, en cada pueblo un amor.”

Me sorprendió con una cita literaria: “Yo era como los marineros, que sólo besan y se van”. ¿Dónde habría oído ese verso? Quizá en una cantina, pues el italiano también navegaba de bar en bar, siguiendo las costumbres locales. Se habrá encontrado a alguno que le recitara a Darío, a Neruda, el “Brindis del Bohemio” o “Por qué me quité del vicio”. Traté de recordar el nombre del Indio Duarte, el declamador argentino que no era ni indio ni argentino, pero no se me ocurrió en ese momento.

La vida anodina del italiano hizo que me distrajera. El paisaje que se veía en el camino de descenso a la capital era el de mi infancia, montañoso y dulce, con colinas que se iban perdiendo hasta descansar en los altos montes Cuchumatanes. Entre las diferentes pestilencias que emanaba

el pasaje, se filtraba también el aire de la montaña, con su puro olor a frío, a pino, a tierra mojada. El hombre hablaba y yo no lo escuchaba, hasta que dijo:

“Entonces fue cuando me gané el circo”.

“¿Qué se ganó?”

“El circo”, me contestó.

“El hombre no tenía con qué pagarme (¿cuál hombre, de qué estaba hablando? me enojé conmigo por haberme distraído) y entonces me dijo, o le pago con el circo o no le pago. Y ante eso, pues me quedé con el circo. Era un pobre circo de pueblo, con dos o tres payasos, un león viejo y apestoso, un montón de micos escandalosos, un mago deficiente visual y mental, una cantante jamona y gangosa, un malabarista que había pasado de los semáforos de San Salvador a la más cómoda carpa del circo pobretón y una trapecista de buen ver que me pareció un regalo adjunto, lo que los panaderos llaman *la ganancia*. La trapecista fue mi ganancia y mi perdencia.

“Yo estaba joven y quería aventuras. Me volví patrón de circo. Había visto muchas películas y sabía cómo debía comportarme. Todo el circo cabía en un camión. Allí entraban los chunches, los animales y las gentes, que se sentaban en un banquito pegado a la carrocería. Yo manejaba el camión y a mi lado iba siempre la trapecista, pues desde el dueño anterior tenía sus privilegios. O el dueño tenía sus privilegios con ella. Para hacerla breve, tuvimos tres hijos. Tres pequeños guanacos, que salieron hasta con la rabadilla morada, para que vea la potencia de estas razas. De italianos no tienen nada, ni el idioma, porque los educó la madre, y la lengua de un hombre es la que mama de los pechos de su nana.

“En eso estalló la guerra. Al principio ni cuenta nos dábamos. Sí, claro, apareció la guerrilla, pero eran cuatro desarrapados que de vez en cuando paraban el camión, nos pedían impuesto de guerra, no les pagábamos porque no teníamos, pero en cambio les hacíamos una función improvisada y creo que les gustaba más que el impuesto de guerra. Los pobres andaban muertos de hambre, pero también tenían hambre de diversión. Sólo mi trapecista no actuaba, no fuera a ser se les despertaran otros apetitos muy explicables en hombres que andan solos en la selva.

“Yo, el patrón, anunciaba al Mago Caralampio, que les hacía unas suertes baratas, y lo guerrilleros más jóvenes se quedaban con la boca abierta, mientras los viejos fumaban su pipa circunspectos; luego anunciaba a la cantante Marina Domínguez, que a veces cambiaba nombre, por joder, a la Minga Marina, o Marina de Mánguez, según humor, quien se echaba unos boleros que les erizaban los pelos a los pobres insurrectos; en seguida venían los payasos, con sus idioteces de siempre, y los insurgentes mostraban los dientotes y mostraban toda la ingenuidad que les costó perder la guerra; el león, una vuelta por allí, bostezaba y creían que rugía, ja, qué iba a rugir si ni dientes tenía, por eso el domador podía meter la cabezota en las fauces. Y ya era tiempo de irse, porque podía aparecer el ejército, y era de despedirse y quedar tan amigos que podíamos jactarnos que nos protegía la guerrilla.

“También el ejército nos protegía. No vaya a creer que éramos palanganeros, ya verá el fin de la historia, sino que la pura necesidad nos hacía actuar también en los cuarteles. Mi simpatía estaba del lado de los pobres, y lo puedo decir ahora que todo pasó sin que pasara nada, ya se dio cuenta,

guerras de veinte años, de cuarenta años, para que todo vuelva a ser igual que siempre, los ricos, ricos, y los pobres siempre cada vez más pobres.”

Lo vi con recelo. Solo porque era extranjero podía explicarme que fuera deslenguado. En Guatemala, nadie se expone tanto, ni siquiera diez años después que terminó la guerra. Como dijo aquél: “En Guatemala, hasta los borrachos son discretos”. Y vaya si no. El autobús descendía por las curvas del altiplano y el aire frío de las alturas nos alteraba un poco, nos hacía sentir hambre, ganas de un trago de café o de licor.

“Hasta que cayó el mago. A saber cuándo ni a qué horas se había puesto a colaborar con la guerrilla, y el ejército lo prensó cuando pasamos por un pueblecito de cuatro casas de bahareque y niños panzones de la desnutrición. ¡Viera la penqueada que le dieron! Sangrando se lo llevaron y nos dejaron con la respiración suspendida, temerosos de que volvieran por nosotros. Decidimos huir a Guatemala. Ja, ja, ya sé lo que está pensando: de Guatemala a Guatepeor, el más fácil juego de palabras del mundo. Lo dicen todos, menos los guatemaltecos. Estábamos cerca de la frontera y la cruzamos de un solo, no fuera a ser la mala suerte que los militares lo pensarán dos veces.

“Buen tiempo estuvimos en Oriente, con nuestras funciones de medio pelo, pero también el público era de medio pelo, no vaya a creer. Estábamos tal para cual, nos dábamos a tacos con el público para ver quién era más pobretón. En el Oriente de Guatemala había más ejército que guerrilla, y ya era de ley hacer función en los cuarteles. Nos pagaban con comida y con trago, los muy tacaños. Era más generosa

la gente, que sacaba sus centavos quién sabe de dónde. Y buen público, se reían de las estupideces de los payasos sin gracia, y se quedaban babeando con nuestra cantante gorda. Aplaudían con ganas. Y qué otra les quedaba. ¿Acaso había otra cosa en su vida, pues?

“Casi sin darnos cuenta fuimos subiendo hacia el norte. Dijimos, nos tomamos un descanso, y nos fuimos hacia el lago de Izabal. Pensamos que la playa de Mariscos era el lugar más escondido, en donde no habría ni guerrilleros ni milicos. Salimos temprano y llegamos al atardecer. Apenas estacionamos el camión a la orilla de la playa, nos tiramos al agua, con cuidado de no beberla, por las amebas. El lago de Izabal no es la gran belleza, verdad, hay mejores. A veces las aguas tienen color de barro. Pero es manso y tibio, no como Atitlán, bello, helado y traidor. Estábamos chapoteando cuando llegó un camión del Ejército. Apareció como de la nada. ¡Qué iba yo a saber que nos habíamos metido en una zona militar de las más jodidas de Guatemala!

“Del camión bajó un teniente y preguntó por el jefe. El jefe era yo. Me dijo: qué andan haciendo por aquí. Un circo en descanso, le expliqué. El hombre se rió, con esas risas despectivas que hacen daño. Luego me preguntó si no teníamos miedo. De qué, le dije. De los comanches, dijo. Aquí se supone que no hay, le contesté. Se volvió a reír, de la misma forma que antes. En lugar de enojarme, me dio miedo. Sabe qué, me dijo, ustedes necesitan protección y yo se las voy a dar. Les voy a facilitar este camión. La parte de atrás está vacía y allí pueden pasar la noche. Gracias, mi teniente, le dije. Séquense, pues, que no tengo toda la noche para atenderlos. Todo el personal se secó rapidito, y nos fuimos subiendo a la parte trasera del camión. Había

unas bancas para el transporte de la tropa, y el teniente nos dio permiso para subir la comida. Cuando ya estábamos arriba, sentenció: Aquí los dejo bien a resguardo, pero con cuidado, porque a partir de las ocho de la noche habla el plomo. Y se fue en un *jeep*.

“Entonces caímos en la cuenta de que nos había medido presos. Al menos, por una noche. Hicimos de tripas corazón. Un balde sirvió para las urgencias menores, y el que tenía mayores se aguantó. Sacamos una guitarra y unas botellas de aguardiente, y estuvimos cantando hasta la madrugada. A las siete llegó el teniente y no echó de su camión. Con dolor de cabeza de la goma, nos tiramos al agua, y hacia mediodía nos fuimos para el Petén. Allí era tierra virgen. No sólo para el circo. Para todo.

“Un poco antes de salir a la carretera, nos paró un retén. Creímos que era el mismo teniente, pero en cambio eran las FAR. Nos cobraron un impuesto de guerra, unas latas de comida que llevábamos por ahí. Lo jodido no fue eso. Lo jodido fue el encargo. Nos dieron una caja de cartón lleno de propaganda clandestina, para llevar a Flores. No pudimos decir que no. Enfilamos la carretera de tierra (en esa época era de terracería) y le rogamos a Dios no encontrar a nadie más en las doce horas que nos separaban de la capital del Petén. La carretera era desolada y pedregosa. A los lados, la vegetación enana de la selva.

“Había muchas leyendas sobre esa carretera. Todos decían que era peligrosa, pero no por la delincuencia, como ahora, sino porque de repente el camión de adelante podía levantar una piedra y dispararla contra el carro de atrás. Así se mató uno, decían. Como un balazo le atravesó la cabeza una piedrecita que la llanta cuache del tráiler que iba

enfrente apresó y lanzó. Podía ser. Un famoso escritor se murió porque una sandía se desprendió de la camioneta que lo precedía. Son esas cosas del trópico.

“Pasamos como diez horas, caminando sin parar. Ya íbamos llegando a Santa Elena, cuando vimos el retén del Ejército. Imposible dar marcha atrás. La selva es plana, y desde lejos se ven venir los carros. Seguro que nos habían visto ellos primero. Y seguro que si retrocedíamos nos mandaban un helicóptero a hacernos polvo. Aguantamos la respiración y esperamos que no encontraran la caja con propaganda subversiva. Según nosotros, iba bien escondida.

“No lo canso, mi amigo. Hallaron la caja. No creyeron que fuéramos guerrilleros, pero, en esa época, una cosa así no la dejaban pasar. Nos pusieron contra el camión, y nos cachearon. Cada quien llevaba sus documentos. El sargento dijo: que se suban todos al camión, menos este señor. Este señor era yo. Un soldado se puso al volante y se llevó todo lo mío. Así que usted es italiano, me dijo, con el pasaporte en la mano. Sí, le contesté. Este pasaporte es su salvavidas, señor. Se acaban de tronar a dos curas italianos en El Amate, y hay tanto escándalo que tenemos órdenes de soltar a los extranjeros, así los agarremos con las armas en la mano. Súbase en la próxima camioneta y hágase humo, porque si lo vuelvo a ver le quiebro el culo yo mismo, y con estas manos, mire. Me enseñó dos garras negras.

“Nunca tuve más noticias de mi camión. Tampoco de mi gente. Los desaparecieron a todos. Y ni qué de protestar. Cuando fui a la Embajada, en la capital, me encontré con un cónsul nahuilón que además simpatizaba con los militares. Se hizo toda clase de mates y hasta me dijo que él me consideraba como un guatemalteco, ya que me había

metido en líos y que él sólo atendía a los italianos de bien. Como comencé a gritarle y a amenazarlo, me pasaron con el Primer Secretario, que pronto me di cuenta que no era el primer secretario. Cuando estábamos en medio de un interrogatorio policial, mejor me levanté y lo mandé *affanculo*, como tenía tiempo de no mandar a nadie. El tipo ni se molestó. Siguió tomando notas mientras yo salía somatando la puerta y jurando no volver a entrar más en ese sitio.

“Estuve como loco dos años, perdido en las cantinas de la costa y el altiplano, gritando y bebiendo. La gente me veía como a un extranjero chiflado, que por aquí son bastantes. Y de repente me pasó el dolor, la pesadumbre, la tristeza. Todo pasa, usted, como en aquel cuento que cuenta la gente. ¿No lo sabe? Luego se lo digo. Lo cierto es que volví a mi oficio de agente viajero, me volví a casar y ya tengo otros dos hijos. De los otros, de los que desaparecieron, me acuerdo a veces, y entonces me pongo a beber, porque me ayuda a llorar.

Sacó un pasaporte carcomido.

‘Mírelo, todo *estropichado*’, dijo. ‘No sirve para nada. Ya está vencido. Pero fue mi amuleto. Por eso lo ando conmigo. Mi pasaporte italiano. Lo único que me va quedando ya de mi país.’”

Después me contó el cuento de “todo pasa”.

EL GRAN MILÁN

Nadie me ha pedido esta breve advertencia, que divido en dos partes. La primera es una reflexión personal: quizá sea una advertencia para mí, que escribo esta historia; quizá anote que casi nunca he situado mis historias en Italia, o con personajes italianos; quizá advierta que ésta es una de las pocas excepciones. La segunda parte tiene que ver con el tiempo. El azar y la holganza, padre y madre de imaginaciones y consejas, hicieron que me detuviera, un día, delante de un aula del tribunal de Milán. Había ido allí para depositar una traducción jurada, que no es mi oficio, pero explicar que no es mi oficio sería otro cantar. La puerta entreabierta me dejó escuchar acentos latinoamericanos y, al asomarme, vi que había un proceso, vi que declaraba un moreno con claros matices caribeños, vi que lo traducía, monótono, un intérprete. Cuando oí la palabra “crimen”, entré al salón. La curiosidad y, repito, la abundancia de tiempo con que gozaba ese día, me empujaron a sentarme. Regresé todas las veces, hasta la sentencia, porque la historia parecía una torpe serie de televisión, por

episodios. El tiempo: me equivoqué cuando quise escribir de inmediato lo que había escuchado. Tuvieron que pasar algunos años antes de que pudiera evocar esa extraña novela negra como si fuera una novela y no como sucedió en la realidad. Comencemos, entonces, como en el siglo diecinueve. Hablemos de la ciudad en donde ocurre el crimen y hablemos de ese crimen.

Milán tiene un diseño que recuerda la forma de una estrella. Al centro, la Catedral. Desde ese centro sagrado, parten varias calles, que, como las puntas de una estrella, se prolongan hasta la periferia, hasta perderse en los campos. También, sobrepuesta a la estrella, el dibujo de la ciudad remeda un tiro al blanco. Varios círculos concéntricos, de mayor a menor, circundan el centro. Como una piedra lanzada al agua.

Como es natural, el primer círculo es el más prestigioso: allí están el Pasaje Vittorio Emanuele, el teatro de la Scala, la Municipalidad, el barrio de Brera, lleno de artistas y bares bohemios y el Palacio Real. El segundo círculo contiene a los famosos canales, bordeados de restaurantes y galerías de pintura *naïve*, casas carísimas que no valen lo que cuestan, y también están en esa rueda los principales hospitales públicos y el Cementerio Monumental, el de los ciudadanos ilustres. El tercer círculo es de casas de habitación y alberga a la clase media que trabaja en las empresas de servicios de la ciudad. Empleados públicos y privados, maestros, profesionales varios pueblan ese sector. Del cuarto en adelante comienza la periferia: la primera periferia es proletaria, llena de inmigrados extranjeros y de italianos pobres. La metáfora de esa distribución social son los autobuses: el 94, que hace el primer círculo, parece

lujoso sólo por la gente que se sube en él. Hombres elegantes, mujeres bellas, ancianos bien vestidos, y rateros también con buenos trajes que con destreza hurtan abultadas billeteras; el 90, que hace el cuarto círculo, está lleno de árabes, latinoamericanos, africanos, italianos mal vestidos, y allí es difícil robar porque todos son pobres y se miran con extrema desconfianza.

Las periferias externas reciben el nombre de “hinterland”. Son los suburbios en donde han comprado casa las parejas jóvenes, o los obreros, o la clase media que no se podía permitir una hipoteca abundante. Los estudiosos de urbanismo han demostrado que los del “hinterland” se desplazan horizontalmente: de periferia a periferia. Es decir, casi no van al centro, sino prefieren montarse en su automóvil (todos tienen automóvil) y moverse a los centros comerciales, que abundan en cada uno de los puntos periféricos. Los supermercados son italianos, como la Esselunga o la Ipercoop, pero también los hay franceses como Auchan o Carrefour. Enormes ferreterías venden clavos, escaleras, martillos, duchas. Varios centros Ikea marcan los puntos cardinales. El otro nombre del hinterland es hiperbólico y enfático: “el Gran Milán”.

La historia que voy a contar sucede, entonces, en el hinterland de Milán. En el Gran Milán.

Es la historia de una mujer y un hombre, de otro hombre y otra mujer, y de otra mujer.

El primer protagonista se llama Giorgio y posee una imprenta especializada en etiquetas para productos comerciales. Se ha especializado en etiquetas para los perfumes: Armani, Versace, Gucci, Dolce & Gabbana, etc. Un día de hace veinte años, contrata a una joven, probablemente como

secretaria. El hombre está casado, pero pronto comienza una relación sentimental con la muchacha. La relación se vuelve tan estable que el hombre arregla una habitación en la parte superior de la empresa. A veces, los empleados, al llegar por la mañana, ven bajar a la pareja. Con el tiempo se acostumbran, y para ellos, la mujer es la verdadera pareja del jefe, quien, en cambio, vive con su esposa y su hija, en una de las casitas de esa periferia.

Tal la rutina de las vidas grises de esas gentes. Algunas veces, entre semana, el hombre inventa que tiene trabajo extra y se queda a dormir con la amante. La única cosa notable es que el dormitorio de la imprenta es una alucinada réplica del dormitorio del hogar del propietario: los mismos cuadros, la misma cama, el mismo respaldo, la misma disposición. Como si la vida con la amante fuera una fantástica duplicación, un espejo sin revés de la vida familiar.

La amante, a su vez, está casada. El marido, ya desde que ella encontró su trabajo actual, padecía una extraña enfermedad degenerativa, de esas nuevas patologías que los médicos desconocen y que poco a poco lo llevaba a la invalidez.

Nada justificaba la extravagante relación extraconyugal. Ni siquiera el aspecto de los dos: banales, aburridos, plebeyos. Una mediocridad con otra. Nada justificaba el uso de la palabra "pasión" o de otras de un léxico de folletón: amor, lujuria, sexo. Nada podía suponer más que la niebla gris que envuelve esas periferias desoladas.

La situación se volvió estable, por años y años.

Hasta que no sucedió un acontecimiento, también banal y predecible. Uno de los abastecedores de la empresa comenzó a enamorar a la amante del jefe. No sabía de la

relación que los unía. Todos lo sabían, menos él. La mujer, después de tantos años de rutina, con su marido inválido y con el jefe repetido, comenzó a aceptar el cortejo y comenzó a alejarse de Giorgio. Ella, durante el juicio, no negó nada. Hablaba como si la cosa no tuviera que ver con ella, como si no se diera cuenta que era el centro de todo el enredo. El abastecedor, a quien llamaremos Paolo, la invitó a comer un par de veces y a la tercera se fueron a un motel, que por definición son escuálidos, aunque los vistan de seda. Y así, siguieron por unos meses.

Algunos de los empleados que declararon en el juicio dijeron que pronto se difundió el chisme de la traición de la mujer. Los amantes establecen siempre contactos, imperceptibles para ellos, evidentes para los demás. Cómo se ven, cómo se saludan, cómo gesticulan. Lo mismo sucedió con la asistente del jefe y el abastecedor. También el jefe se dio cuenta. Por supuesto, cuando le reclamó, ella negó todo, pero tuvo un gesto de honradez. Cortó de tajo la antigua relación. Y el jefe, rozando sutilmente el ridículo, cayó en una profunda desesperación.

Entran aquí dos personajes que no habían aparecido en esta historia. Son la mujer y la hija de Giorgio, el jefe. Llevaban la vida que es normal en la gente acomodada del Gran Milán. La señora en las labores de la casa, iguales y distintas todos los días, la hija en sus estudios universitarios, que implicaban un viaje en el atribulado tren de los pendulares más un breve trecho en metro hasta la Universidad Estatal. Naturalmente, la madre había advertido la presencia de la otra sin que nadie se lo dijera. Lo nuevo, lo extraordinario, fue ver a su marido desesperado sin saber por qué. También la hija se dio cuenta. “¿Qué tiene papá?”,

le preguntó a su madre. La madre alzó los hombros: “Alguna preocupación de trabajo”.

Santo Domingo, República Dominicana. Como en todos los países del Caribe, el sueño de un gigoló local es conquistar a una europea que lo mantenga. No muy alto, más blanco que moreno, fino bigote y cuidado atuendo, Sergio acudía con frecuencia a los bares de los hoteles, a los bailongos, a las piscinas, a las playas, y, aparte de prestar sus servicios a turistas que bien pagaban en dólares, andaba a la caza del premio mayor de la lotería. De su lotería personal.

La conoció en la recepción de un hotel. Era italiana, joven, bonita, y con una desazón adentro que la había hecho escaparse de su país. Se llamaba Susi y en Santo Domingo descubrió que los problemas no se dejan atrás, sino que se vienen en una bolsa invisible de la maleta. Sobre todos los que le comen a uno el alma. Esa debilidad la hizo enamorarse de Sergio, quien pronto se instaló en su modesta casa. También pronto descubrió de qué pasta estaba hecho. Las italianas suelen ser resposdonas, a veces con grosería. A la primera mala respuesta, Sergio le dio un revés que la hizo sangrar. Anduvieron así por unos meses, hasta que Susi se hartó de las palizas, lo denunció a la policía, y, harta del eterno calor, de los mosquitos, de la pobreza y del trabajo, se regresó a Milán, de donde había venido.

De vez en cuando, por esas costumbres del corazón que no se pueden explicar, recibía llamadas de Sergio, que le pedía dinero por Western Union. Era poco y ella se lo mandaba. Susi se sabía una mujer débil. En Milán, trabajaba en una empresa de limpieza de oficinas. Poca cosa,

poca vida. Ningún hombre, es natural. Mucha soledad, vasta y neblinosa.

Un día, al regresar tarde del trabajo, se encontró, delante de la puerta de casa, al dominicano seductor. Lo hizo pasar, le dio de comer y, después, se acostaron juntos. Cuando el juez le preguntó por qué lo había aceptado de nuevo, no lo supo explicar. Cuando el juez le preguntó por qué se dejó pegar otra vez, tampoco. Cuando el juez le preguntó si lo quería, si lo amaba, si le tenía afecto, se puso a llorar. "Pudo más la soledad", dijo, como contestando a otra pregunta.

Sergio se ambientó rápido en Milán. Ubicó las discotecas en donde se reunían los latinos y pronto sedujo a una ecuatoriana, a la que, fatalmente, le sacaba dinero. La ecuatoriana fue sincera con el juez: "Era por el sexo", confesó. "No me interesaba para nada más". La emigración tiene esas cosas.

Pronto Sergio se hizo de un grupo de amigos. La mayor parte eran dominicanos como él, les gustaba la parranda, la bebida, el baile y las mujeres. Alguno era medio ladrón, pero la mayor parte sobrevivía haciendo trabajitos de medio pelo. Un flete de vez en cuando, alguna mudanza, por temporadas distribuidores de la compra a domicilio en los supermercados, y, sin arriesgar mucho el pellejo, venta de marihuana y hachís. La coca no, porque era palabra mayor y estaba en manos gruesas.

El único que consiguió trabajo fijo fue el increíble Sergio. Trabajaba para un tipógrafo en la Gran Milán. El tipógrafo estaba especializado en imprimir etiquetas para grandes perfumerías, y a veces había que transportar cajas de frascos etiquetados de la periferia al centro. No era muy

cansado, quizá lo único que pesaba era conducir en el espeso tráfico de la ciudad. Por lo demás, Sergio se hacía el loco cuando se trataba de cargar las cajas en el panel blanco que había comprado, de segunda mano. En Italia, los vehículos de segunda mano casi los regalaban.

Un día, antes de una noche extenuante de discoteca, Sergio, animado por la euforia de los tragos que se había bebido en la tienda de un peruano, y excitado por la droga que se habían fumado, dijo a sus paisanos:

— Muchachos, el patrón de la imprenta tiene un trabajo muy bien pagado para nosotros. Dos mil euros por cabeza.

— No jodas, no hables de trabajo.

— Es algo fácil, no cuesta nada.

— Si hay que cargar o cansarse — dijo otro — no cuentes conmigo.

— Sólo hay que darle una lección a un tipo. Una paliza al que se está metiendo con la mujer del patrón.

Los amigos se rieron.

Al día siguiente, que era domingo, se reunieron para quitarse la resaca con unas buenas cervezas y un buen churrasco. Cocinaban para ellos las muchachas de la noche anterior. Todos estuvieron de acuerdo en que era un trabajo fácil y que se podía hacer.

El plan fue chambón, estúpido, mal pensado y peor ejecutado. Mientras escuchaba las declaraciones de los acusados en el juicio, yo pensaba cómo tanta gente puede juntar tanta tontería. No hubo uno que se percatara que la paliza no podía funcionar. Que el hombre los iba a acusar delante de la policía, como mínimo. Pero eso no pasó. El hombre no los acusó.

El patrón le dijo a Sergio: “Voy a citar al otro un domingo por la mañana, con una excusa cualquiera. Cuando llegue delante de la tipografía y vea la persiana cerrada, seguro que se baja a ver. Allí ustedes lo pescan, se lo llevan al descampado y le dan un buen susto. No lo golpeen mucho, sólo quiero que deje de estar jodiendo. Al día siguiente les pago”.

Así que el sábado siguiente no hubo discoteca. Se reunieron donde el peruano para tomar cerveza y temprano, por la mañana, Sergio pasó con su panel a recoger a la banda. Luego se estacionaron cerca de la tipografía, que, en efecto, tenía la persiana cerrada. Como a eso de las diez, apareció el automóvil de Paolo, el abastecedor enamorado. Como habían previsto, se bajó a ver. Y agachado estaba cuanto le pusieron un saco en la cabeza, le taparon la boca y lo tiraron dentro del panel. Mientras Sergio conducía lentamente entre las calles desiertas de la periferia, los otros se turnaron para pegarle con un bate de béisbol. Sólo tenían la instrucción de decirle, en italiano, “para que no te metas con mujeres ajenas”.

Se les fue la mano. Cuando vieron que no se movía, le quitaron el saco y se dieron cuenta que lo habían matado a palos. Se cagaron del miedo. Sólo Sergio tuvo la frialdad de pensar que había que deshacerse del cuerpo. Entre el anillo periférico de la ciudad y las fábricas vacías por el asueto dominical, había varios botaderos de basura. Escogieron uno, tiraron el cuerpo con asco y terror y se largó cada quien para su casa. El lunes Sergio se presentó a la tipografía, cobró y luego distribuyó el dinero entre sus amigos.

Paolo tenía una mujer y una hija. Había dicho a su mujer la pura verdad: “voy a reunirme con el impresor,

que me quiere hablar de no sé qué negocios". La mujer sospechó que se iba a ver con la otra. "Qué raro que de domingo y encima por la mañana". Inocente, el tipo respondió: "Sí, también a mí me parece raro". Con lo cual aumentó las sospechas de la esposa. "De todos modos, regreso para la misa", dijo, porque eran practicantes.

Cuando pasó la hora de la misa, cuando pasó la hora del almuerzo, cuando pasó la sagrada hora de ver el partido de fútbol por la televisión, la mujer se preocupó. Llamó en vano al impresor, que tenía el teléfono apagado. A las cinco de la tarde, fue a la policía. Allí le explicaron que tenían que pasar 48 horas para dar por desaparecida a una persona. Entonces la mujer comenzó un viacrucis por hospitales y cárceles que terminó a la mañana siguiente, casi a la misma hora en que los operarios del basurero encontraban el cadáver de su esposo. Fue la policía quien la llamó.

Por supuesto, los investigadores fueron a buscar al tipógrafo, quien negó haberle dado cita al amigo. Tenía una coartada perfecta: había pasado la mañana del domingo en familia. La familia confirmó. Sólo entonces los policías consultaron a sus informadores y comenzaron a interrogar a los empleados del tipógrafo. Las escuálidas historias de amor y cuernos salieron a luz, pero no impresionaron a los detectives. Eran banalidades, las torpes maniobras de hombres y mujeres cegados por una niebla diferente a la del Gran Milán. También interrogaron a Sergio, quien les pareció un personaje desdeñable, con el agravante de ser extracomunitario.

Por no dejar, investigaron a los amigos del dominicano. Para su sorpresa, cuando apenas habían comenzado a hacerle preguntas a un mulato robusto y alto, le ofrecieron

un trato y éste se derrumbó como un niño, y comenzó a llorar con pucheros. Lo confesó todo, todo, todo. Los otros no, sobre todo Sergio, que se mantuvo entero y frío. No tenían coartada, todos los indicios estaban en su contra, pero no cedieron. El mulato volvió a llorar cuando prestó declaración en el juicio.

El desfile de los testigos llamados a declarar fue notable. Fueron notables la esposa y la hija del difunto, que al descubrir la escuálida pasión amorosa que lo había llevado a la muerte, destilaban desprecio y rencor: más que resignadas, parecían de acuerdo con su asesinato. Fueron notables las ecuatorianas amigas de Sergio, el dominicano: desacostumbradas al ambiente judicial, se habían presentado vestidas como si fuera inminente una parranda de faro- las, con juez, abogados y escribanos que las miraban como si acabaran de bajar de una nave espacial: el olor a perfume barato se abatió sobre el aula, el tribunal se llenó del sonido de las pulseras, de los colores chillones del lápiz labial, de la visión de nalgas apretadas por vestidos discordantes, de las palabrotas dichas como si fueran el único vocabulario existente sobre la tierra, de gente de la costa, al fin y al cabo. Declaraban masticando chicle.

Fueron también notables la esposa y la hija del Sergio, el tipógrafo. Uno pensaba, mientras lo defendían aleccionadas por el abogado, que dependían económicamente del hombre, y que más que la compasión o la bondad, actuaba la necesidad. Sabían que nadie les iba a creer la verdadera fábula del padre de familia ejemplar, pero igual la contaron. De vez en cuando, se les saltaban las lágrimas y se sonaban la nariz. Fue notable el marido, que reconoció la relación sentimental, negó saber nada de la nueva aventura

de su amante, negó haber contratado a Sergio, negó todo, con insistencia desconcertante. Lo más notable era que no sabía nada del hombre que mandó a matar.

Fue notable Susi, la italiana bonita de viajes equivocados. En su desgracia y desatino, era altanera y respondona. Hablaba como si la cadena de errores que había sido su vida fuera una corona de virtudes. Escaparse a Santo Domingo soñando el paraíso y terminar en la pobreza, sin nostalgia de ninguna parte sino de una Susi que fuera feliz en cualquier lado. Mantener a un padrote que encima le pegaba. Traérselo de allá para seguir sufriendo palizas. Hablaba de esas idioteces como diciendo al juez: “¿Y qué?”. La desfachatez y arrogancia de las nuevas clases medias.

Fueron notables los dominicanos de la banda. Contra todas las pruebas y todas las evidencias, se obstinaron en negar lo que había pasado ese domingo. Sergio era el más elegante de todos, vestido de blanco con una camisa negra floreada, el bigotito cuidado, el pelo engominado. Parecía la caricatura de Rodolfo Valentino comiéndose las eses. Uno se imaginaba cómo podía haber sido aquel portento de *playboy* con el macondiano nombre de Porfirio Rubirosa. Naturalmente, él no estaba allí, estaba en otra parte, y en otra parte estaban los amigos, contradiciéndose, sin nadie que refrendara sus coartadas, perdidos como Jasón en el laberinto, como uno que lo llamaron a reparar un lavabo y en cambio inunda la casa. Como quien dice, un chapuz mal hecho, pero no exageremos. Sin conciencia de sí. Sin conciencia del mundo. El único que la tenía era el mulato que cantó. Lloró todo el interrogatorio, mientras los otros reos lo miraban con desprecio.

Fue notable, en fin, la mujer por cuyo amor dos hombres habían engañado, falseado, mentido y al fin, asesinado. Cuando la llamaron a declarar, imagino que, como yo, todos esperaban una mujer capaz de hacer perder la razón a cualquiera. Entró una señora de casi 50 años (el tiempo pasa, entre investigaciones, averiguaciones y juicios), el cuerpo asentado por la edad, de fisionomía regular, rasgos anónimos, ni fea ni bonita, monótona hasta para hablar, monótona hasta para mirar. No se perdió una audiencia, como si fuera la estatua de una deidad antigua, mítica y mortífera. Uno podía cruzársela en el autobús sin notarla. Sí: era la típica señora que sube al autobús, logra un asiento vacío y se pone a mandar mensajes con *whatsapp*. De una cosa trasudaba conciencia: sin ella, nada habría pasado. Ésa era su grandeza y su misterio: el misterio de la mediocridad absoluta e inapelable que provoca una catástrofe y esa catástrofe arruina la existencia de muchas personas. Quizá el secreto de este relato esté allí: en una nueva mitología urbana y occidental, en donde los dioses no son los que cumplen grandes empresas heroicas, sino personajes cotidianos, metafóricos insectos como el Samsa de Kafka, mediocres oficinistas o amas de casa de lejía y jabón, y esos seres normales de repente provocan un desajuste y demuestran el poder terrible del hastío y la depresión metropolitana.

Fue notable, esa anónima mujer, cuando escuchó las sentencias a las que condenaron a todos: treinta años de cárcel al autor intelectual, que se quedó helado y trató de buscar consuelo en la mirada de su esposa, que se la negó, en la mirada de su hija, que le devolvió el gesto con todo el odio de las consultas psicoanalíticas que le emponzoñaban el alma; treinta años parejos a los autores materia-

les, que recibieron la noticia con la desmoralización con que se sabe que tu equipo favorito perdió la final de la temporada; seis años conmutables al soplón, que lloró de la alegría. Fue notable como se quedó sentada, mirando a unos y otros, cómo si no tuviera nada que ver y como si, al mismo tiempo, ella hubiera urdido la trama, manipulado los hilos, decretado los destinos. Tenía el gris estampado en el rostro, la medianía en las ropas, emanaba de su aliento una niebla sucia de *esmog*, como si fuera la diosa menor de las periferias del mundo, o con mayor modestia, del hinterland, del Gran Milán.

EL PAQUETE ECONÓMICO

Cruzó a la derecha, haciendo un poco de esfuerzo, porque el pánel era grande, con las insignias de la fábrica bastante visibles, él mismo lo había querido así, para hacer publicidad mientras se repartía el pan. La entrada del motel tenía una grada, o algo como una grada. Ambos brincaron, él y la muchacha que ridículamente se había puesto un pañuelo en la cabeza. Se lo ponían todas, para que no las reconocieran.

No era la primera empleada que se llevaba al motel. Las conocía en los supermercados, cuando llevaba la mercadería. *“Ho la parlantina facile”*, decía a sus amigos en el club de los italianos.

Por supuesto que no era solamente un repartidor. Era el dueño de la fábrica. Los dueños anteriores jamás se habrían molestado en ponerse al volante de un pánel de reparto para ir a distribuir el pan. *“Por eso quebraron”*, decía el italiano. *“La gente de aquí es huevona, no le gusta trabajar. Noialtri nos quebramos la espalda, ci facciamo un culo così”*, decía.

Cuando llegó de Italia, con sus ahorros, le bastó poco para comprar la panadería en quiebra. Se puso a trabajar como loco y la levantó. A los empleados le gustaba este patrón nuevo, porque daba el ejemplo. Era autoritario, era exagerado y era gritón, pero los extranjeros son así, decían, y se resignaban a las madreandas de todos los días. Se reían a sus espaldas. Era como en las películas. Algunos lo imitaban, y en realidad, imitaban a los actores exagerados de la comedia a la italiana.

De pronto, le agarraban caprichos, como el de ir a repartir el pan. Ya había tenido otros: ponerse a meter las bandejas al horno, como si fuera el recién llegado que no sabe hacer otra cosa; ir al sector pastelería, a decorar los monumentales postres de fresa y crema; ponerse en el mostrador a despachar. Él sentía que daba una imagen democrática. Para los empleados, puros antojos de hombre rico.

Lo que no se imaginó fue que la actividad de repartidor tenía un premio extra, y eran las empleadas de los supermercados. Él les regalaba pasteles, o panes, cualquier cosa y ellas se iban con él para los moteles. La gran bulla que le hacían cuando entraba. Y las había bonitas, a pesar de la pobreza.

El pánel saltó la grada, él y la muchacha dieron un brinco, se rieron, y la muchacha se escondió todavía más. No se cruzaron con ningún carro que saliera. Buscaron un *garage* vacío. Había varios. Al azar, entró en uno. La persiana de hierro se cerró a sus espaldas. Subieron por las gradas al segundo piso, donde había una gran cama, un televisor encendido con películas porno, y una puerta que daba a un baño sucinto.

Habían terminado de hacía poco. La muchacha estaba en el baño y se oía que cantaba, con pésima voz, una canción. Una balada, una ranchera, un bolero. Las cosas que le gustaban a la gente de aquí. Su móvil comenzó a sonar.

Vio el nombre. Era la secretaria de la panadería.

— Señor — le dijo. — Venga inmediatamente.

Percibió una especie de sollozo.

— ¿Pasó algo?

El avión descendió suavemente sobre Miami. Era de día, aunque el reloj del muchacho marcaba las dos de la mañana. Un dolor de cabeza que no era dolor de cabeza, sino puro cansancio, hizo que girara la nuca, como que si con eso espantara el malestar. Desde el avión, se veían, además del mar, largas extensiones de agua, como marismas. El muchacho nunca las había visto, sólo en las películas. En la pantalla del GPS se veía un avión de juguete que se orientaba, como una flecha blanca, sobre el mapa de la ciudad. Una estrella roja indicaba: Miami. Pocas nubes. Se iba bajando velozmente. Por los altoparlantes advirtieron que había que abrocharse los cinturones, apagar los aparatos electrónicos. Luego repitieron todo en un inglés de risa. El muchacho sabía bien el inglés. No se rió. Estaba demasiado cansado.

Más rápido de lo que uno podía esperar, el avión fue descendiendo lentamente sobre la pista, enderezó la proa, y dio un golpe fuerte con las llantas al tocar el suelo. “Mal aterrizaje”, pensó. La mitad de los pasajeros, seguramente latinoamericanos, aplaudieron la pésima maniobra. El muchacho recordó que lo mismo habían hecho los pasajeros

del avión que iba a Tegucigalpa. Luego de que aplaudieron, el avión se salió de la pista y se estrelló. Murieron varios. Quizá sí eran los del aplauso.

El avión roló con lentitud exasperante hasta el desembarque. Con tantas horas de vuelo a las espaldas, cada minuto parecía eterno. La desesperación de salir al aire libre y respirar aire que no fuera el aire viciado de la cabina. Luego de diez horas de vuelo, todo apeataba. Por el baño parecía haber transitado una piara de cerdos. El muchacho estaba acostumbrado. Después de varios viajes ida y vuelta, se había hecho a la costumbre del ritual de esos viajes. Tenía hasta una especie de cronograma. Se lo había dicho un amigo de su papá, o casi amigo, que escribía novelas o cuentos. El muchacho nunca había leído nada de ese amigo. Se conformaba con la fama.

“Como el viaje es largo”, —le había dicho, “ hay que ir con paciencia. No hay que hacer como los que se ponen inmediatamente a leer la revista de la compañía aérea. Esa hay que dejarla para cuando uno está ya cansado. Primero, uno se sienta, se acomoda, y se pone a ver a los pasajeros. Son muy divertidos. Después, una vez que se sentaron todos, se pasa al periódico. Y así...”

Su cronograma seguía ese consejo. El muchacho había observado a los pasajeros que habían subido en Madrid. La mayor parte, latinos. Algunos turistas franceses o alemanes, viejos, seguramente jubilados. O mochileros, muy jóvenes, también franceses o alemanes. Los italianos ya los conocía, porque habían subido con él en Malpensa. A los italianos los distinguía de inmediato, porque eran los mejor vestidos de todos. Y si venían zaparrastrosos, los zapatos sucios eran Nike, y la camiseta arrugada de Gucci. No falla-

ba. Además, con sus excepciones, eran gente bonita y presuntuosa. Franceses y alemanes, o ingleses, parecían toscos en comparación.

Los latinos se distinguían de inmediato por el físico mestizo. Como venían de países opulentos, ostentaban rulos de grasa, la piel morena y un corte de cara inconfundible. “Somos así”, pensó el muchacho. “Hay que salir del país para descubrir que uno es indio hasta la médula.” Y si no por el físico, por las maletas voluminosas. Llevaban hasta lo que no está escrito en el equipaje de mano, lo que ponía de mal humor a los empleados de la compañía de aviación. En realidad, no sabía si se ponían de mal humor por las valijas que parecían armarios, o por tener que rozarse con estos latinos. Para saber si un pasajero era sudamericano, bastaba ver el trato que le daban las azafatas.

Después de que se cerraron las puertas y el avión despegó, el muchacho se puso a leer los periódicos. Se había saltado las páginas de la crónica nacional, qué le importaba lo que pasara en política, mejor los deportes. El muchacho venía de regreso a su país, y se dejaba atrás a Europa, para siempre. No le dolía en absoluto. Cuatro años en Italia, el título de Médico y adiós.

No obstante la planificación, sintió largo el viaje. Después de la comida, en la que pidió dos botellitas de vino, cayó en un sopor que le duró como dos horas. Despertó con mal sabor en la boca y dolor de cabeza. Sacó una aspirina de su bolsa de viaje y pidió un vaso de agua. Luego fue a hacer cola al baño.

Trató de leer un libro, un *thriller* que andaba de moda, y pronto se comenzó a saltar los párrafos. Se durmió otra vez, vio un pedazo de película, volvió a leer y terminó

desesperado. Ahora estaban abriendo las puertas, y todos se habían precipitado, casi con violencia, a abrir el portamaletas superior, y bajaban con dificultad sus maletines de viaje. Se empujaban sin discreción.

Al fin salió. El muchacho sintió un cierto alivio al ver a su madre y sus hermanos detrás de los vidrios que separaban la entrega de equipajes de la salida.

Habían aprovechado una oferta de viajes. La compañía aérea ofrecía, a los que viajaban a Miami, una estancia gratis en Disneyland. Como en su viaje de regreso él pasaba por esa ciudad, su mamá y hermanos decidieron ir a recibirlo, y darse un paseo por el parque de diversiones. El padre había quedado en casa, a cargo del negocio.

La madre fue exagerada, como siempre. Detestaba el abrazo excesivo, y el llanto. Se la quitó de encima.

— ¿Siempre tiene que hacer esas escenas?

Como siempre, ella se retiró, avergonzada. Los hermanos, campechanos y viriles, le dieron unas palmadas en la espalda. También lo ayudaron con la maleta, que era pesada. La oferta comprendía también un coche de alquiler por dos días. Allí se instalaron los tres hermanos y la madre.

Se lo llevaron al hotel, a dormir un poco. Mientras lo dejaban reposando, se fueron a Walmart, a comprar cosas. Por la noche fueron a McDonalds y se acostaron temprano, porque al día siguiente era el viaje a Disney.

El muchacho durmió poco y mal. El cambio de horas. Hacia las cuatro de la mañana ya estaba despierto y se puso a leer, para terminar el *thriller*. Era uno de abogados, que después iban a poner en el cine, con Tom Cruise o al-

guno de esos. Hacia las seis se durmió de nuevo. Despertó con sus hermanos, a las ocho. Bajaron a desayunar y se alistaron para el viaje.

Desde el desayuno, y ya en el viaje, la madre atosigaba al muchacho con sus preguntas. También eso odiaba de su madre. Quería saberlo todo, con detalles, con precisión. Nunca entendió que él era parco de palabras. A veces se animaba y comenzaba a contar. Pero que no lo interrogaran porque se ponía malo.

Después de dos o tres respuestas secas, su madre se calló. Los hermanos pusieron música y cantaban las canciones. El muchacho se concentró en la guía del coche, que no requería mucho, porque la autopista era recta. A veces, se hipnotizaba, y sacudía la cabeza.

En Disneyland se metieron a todas las diversiones. Hay una foto de la madre, sentada al borde de una banqueta, que se ha quitado los zapatos y se masajea los pies. Tampoco es que fueran unos chiquillos. Pero ninguno, excepto el muchacho, alcanzaba la mayoría de edad. Quizá por eso exageraban al divertirse. Como si supieran que nunca más volverían a Disney.

La madre se quedó fuera de muchas de las atracciones, porque algunas le daban miedo. Durante la hora del almuerzo, el muchacho estuvo más expansivo. Quizá un par de cervezas lo volvieron locuaz. Había vivido en Italia con unos parientes.

— Al principio me gustaba, todo era novedad. Hice viajes, solo o con mis primos, a Roma, a Florencia, a Venecia. Era como estar siempre de vacaciones.

— Cuando uno viaja a Italia, parece estar siempre de vacaciones — dijo la madre, que era una entusiasta del país.

– Lo jodido es cuando ya se estabilizan las cosas y los viajes se terminan.

– ¿Te trataron mal los parientes?

– No. Ni bien ni mal. Se acostumbraron a que yo viajara a la Universidad todos los días y no me daban pelota. Ellos a sus cosas, yo a las mías. Nunca me hallé.

– Pero si sabías el idioma...

– No es eso...

Más tarde, mientras paseaban, a la espera que los otros dos salieran de una casa de miedo.

– Lo que pasa, mamá, es que nosotros en nuestro país somos blancos y tenemos cara de italianos.

La madre lo observó. Sí, tenía una carita de italiano. Menos mal, pensó.

– Entonces yo estaba acostumbrado a que las muchachas me hicieran caso, me hicieran fiesta. En cambio, en Italia yo era uno de tantos, igual a tantos. Y encima, chaparro.

La madre se rió. Lo único que le habían heredado sus hijos era la estatura.

– Fíjese que nadie se reía de mis chistes. El famoso humor nacional no hace reír a nadie en Italia. No me hallé nunca. Siempre pensando en regresar.

– Ahora que regresás de una vez, estarás contento.

– No sé. Es demasiado pronto. Veremos.

Hacia las seis de la tarde, se habían agotado todos los juegos. Los hermanos y la madre se metieron al coche y emprendieron el regreso. El muchacho conducía despacio porque tenía más de un año de no estar al timón de un automóvil. Conducía despacio y conducía bien. Los hermanos, agotados, se fundieron en un sueño profundo, en el asiento trasero. Su madre veía la carretera, y de vez en cuando, le

preguntaba algo. La mayor parte del tiempo se sumía en sus pensamientos, que debían de ser muy tristes, porque la cara se le encogía en una mueca de aflicción.

El muchacho habría querido preguntarle si sufría mucho. Todos se daban cuenta de que el padre la trataba como a una doméstica. Se sentía superior, por raza. Ellos se ofendían, y se callaban, porque el hombre se había vuelto violento con los años. La madre se encerraba a llorar en su cuarto. Otras veces el padre regresaba tarde de sus correrías con las empleadas de los supermercados, y ya no se preocupaba de disimular.

La carretera era siempre igual, y en el trecho que andaban recorriendo, estaba casi vacía. Los postes del alumbrado venían hacia él a gran velocidad, y se quedaban atrás, como mariposas nocturnas. Por un segundo, se le cerraron los ojos. “Es el cambio de horas”, pensó. “Tengo que estar despierto, no vaya a ser.”

Rápidamente, volteó a ver a su madre. El rostro compungido.

El muchacho recordó su casa. Pensó que tenía que vivir solo, como hacían algunos en los Estados Unidos. A los dieciocho años, fuera. En su casa, todo era italiano. La comida, la ropa, los cuadros. Los libros no, porque el viejo era casi analfabeto y muy vulgar. La madre era más culta. Y tenía una educación más refinada. ¿Por qué se dejaba? Porque adoraba al marido extranjero, por eso.

—Mamá.

—¿Sí?

—¿Sabe qué haría yo con usted?

—¿Qué?

— La mandaría a vivir a Italia, como yo. Con cuatro años allí, se le quita.

— ¿Qué se me quita?

— La adoración por mi papá.

La mamá sonrió dulcemente. Tenía dulzura y congoja en su cara. El muchacho sintió compasión por ella.

Parpadeó. El coche se salió del carril, y otro, que venía en el carril derecho, le tocó largamente la bocina.

La mamá lo volteó a ver, preocupada.

— ¿Qué pasó?

— Un pestañazo, pero ya pasó.

— Tené cuidado, mijo — le dijo con docilidad.

Se volvieron a sumir en el silencio. Uno de los hermanos, detrás, roncaba suavemente. El muchacho sonrió. Estaba sonriendo cuando se le cerraron los párpados. Fue un segundo. Cuando los abrió, el coche estaba chocando contra el carril derecho de la carretera y, en un silencio atroz, lentamente, comenzó a girar sobre sí mismo, saltó el raíl de contención, entró en una especie de declive del terreno y se detuvo, en una nube de polvo oscura, empotrado contra una montaña de tierra.

— ¡Te dormiste, cabrón! — gritó uno de los hermanos. Perdía sangre de las narices.

La portezuela del lado derecho estaba abierta, y en el lugar de su madre, el asiento estaba vacío.

— ¡Mi mamá!

La madre había salido volando. Estaba tirada a un lado. La llamaron a gritos, porque parecía desmayada.

— ¡Se mató!

— No digás burradas. Está desmayada.

Estaba muerta. El golpe la había desnucado. Tenía los ojos bien abiertos y la acostumbrada expresión de dulzura y angustia.

Tuvieron que esperar una semana para los funerales. En Miami, la policía los interrogó un par de días, pero no había nada que investigar. Incluso les dieron un psicólogo que hablaba español. El muchacho y sus hermanos parecían insensibles, con ese hieratismo que a veces impone el dolor. El padre había viajado a recogerlos, y tuvieron que regresar sin el cadáver. Dos días después, en una caja de lujo, que el padre había contratado en Miami, llegó.

Al cementerio privado llegaron muchos amigos de la familia. Una larga fila de paneles repartidores llevaba a los empleados. En el camino, muchos pensaron que se trataba de una especie de campaña publicitaria. Hasta que se daban cuenta del carro fúnebre que encabezaba el cortejo. El padre dio un discurso breve, entrecortado, a veces sollozante, para recordar a su mujer y para agradecer la compañía de los amigos. Parecía todo como ensayado, como una representación escolar mal preparada.

Lo más duro fue cuando bajaron el ataúd en la fosa. Luego, los empleados del camposanto comenzaron a llenar la tumba de tierra. Hacía un ruido como si estuviera lloviendo. Cuando estuvo cubierto, pusieron una cruz, de señal. Otro trabajo más sería mandar a hacer la lápida, y cubrir con mármol todo el espacio. Ahora se limitaba a un montículo. Cuando los albañiles terminaron, los familiares se dieron cuenta que se había acabado todo. Ahora sí. Todo había terminado. Una mujer — en los días que siguieron, el padre y sus hijos se preguntaban quién podría haber sido —

lanzó un largo sollozo, una especie de quejido, un alarido sofocado. Alguno de sus parientes la calmó. Ellos no se voltearon a ver.

Entonces, se pusieron en fila, el padre y los tres hijos, a recibir las condolencias. Era fastidioso y al mismo tiempo daba un gran consuelo. Pasaba cada uno, los abrazaba y decía algo, mientras los palmeaba en la espalda. Algunas señoras besaban a los hijos. Ellos daban un imperceptible respingo, hacia atrás. La despedida duró más que la ceremonia fúnebre. Los empleados de la fábrica, por supuesto, no abrazaban, sino les tocaban con timidez el antebrazo. Algunas muchachas, las que vendían en el mostrador, lloraban. Los hombres enseñaban sus rostros abiertos, desconcertados, con el bigote mongol en los bordes del labio, otro no les salía. Cuando se fueron todos, montaron en el coche familiar y regresaron.

La casa, vacía.

—¿Quieren comer? —preguntó el padre.

Le contestaron que sí.

—Un problema —dijo el hombre. —Aquí cocinaba *la mamma*.

—Pidamos una pizza por teléfono —dijo el muchacho.

El padre estaba preocupado por él. Parecía que no le hubiera afectado el accidente. Ya había intentado mandarlo con un psicólogo, pero el muchacho había rechazado la posibilidad. “Yo estoy bien”, había respondido. “No tuve la culpa. Tuve un golpe de sueño.” Todos habían comentado que la culpa era de la compañía aérea. “Pobre muchacho”, decía la gente.

El padre sacó una botella de whisky. Sacó hielo del refrigerador.

– ¿Alguien quiere un trago? – preguntó.

Ni le contestaron. Ese gesto era el inicio del derrumbe que, en los próximos meses, iba a destruir a toda la familia.

Se sirvió con generosidad.

– En lo que viene la pizza – dijo. Sacó un paquete de papas fritas y lo sirvió en un plato. Los hijos comenzaron a comer.

– Ahora nos vamos a organizar de otro modo – dijo el padre.

– Mañana hablamos de eso – le contestó el muchacho.

– Sí, mañana.

Cuando llegaron las pizzas, tomaron Coca Cola, mientras el padre seguía sirviéndose whisky. Los hijos se lanzaron una mirada cómplice, al ver que la botella se iba vaciando. Cuando terminaron de comer, cada quien se fue a su cuarto, mientras el padre siguió bebiendo. “Salutaris, agua mineral”, leyó, borroso. Al poco rato, se había terminado la botella. La silla hizo un gran ruido cuando se levantó. Caminó zigzagueando hacia su habitación. No se desvistió. Allí, acostado, lloró en silencio. Luego se durmió.

A mitad de la noche, los hijos lo oyeron levantarse y vomitar largamente en el baño.

TAXI

ROGELIO GUEDEA

Se abre la puerta y de adentro saca la cabeza una enfermera. Checa una lista y llama al hombre sentado junto al laboratorio. Al hombre, de pies sucios y pantalón atrincado con un mecate. Al hombre, acompañado de esa niña: pequeña, enjuta, de párpados pálidos. El hombre se incorpora y la arrastra donde la enfermera. ¿Don Manuel Zepeda? Sí, señorita. ¿Es usted el padre? Sí. Pase. El hombre entra en el consultorio. Presiona el sombrero contra su pecho y permanece en ristre. Siéntese. Gracias. La mano huesuda del doctor Cenobio Ramírez abre el expediente, sobre el escritorio. Lamenta que la enfermedad de la niña no la puedan tratar en Colima. No tenemos el equipo. Es un cáncer desalmado, concluye. El hombre mira la mano huesuda del doctor, el expediente abierto por el medio, la pluma Bic negra encajada en el bolsillo de su bata blanca, todo como si fuera la última vez que fuera a ver eso que está mirando, y baja la vista. Pero yo conozco a alguien que lo puede cruzar al otro lado, agrega y su mano huesu-

da garabatea algo en un papelito, con la pluma Bic negra. Un papelito arrancado de una libreta de rayas. Llámelo. Allá algo harán. El hombre coge el papelito y lo introduce en la bolsa del pantalón. Dígale gracias al doctor, hija. Ándele. Gracias, se oye ese hilito de voz. El hombre sale del consultorio, remolcando a la niña, tal como llegó. Una semana antes estuvo aquí. Vino por una lesión en la espalda, al caer de una pila de rejas, mientras descargaba un tráiler, en la empacadora de limón. Caminaba con dificultad. Prostrado en cama tres días, cuatro, imposible volver a la empacadora, así. Pero el patrón movió palancas y la aseguradora no quiso reconocer el tal accidente. Tuvo que venir aquí también arrastrándose por su propio pie. Contando los pesos para poder pagar la medecina, aquel día. De regreso a casa, el hombre habla con su mujer, raspan un tazón de frijoles y un chile verde, sentados en una mesa hecha de tablas mal ensambladas. Cuenta lo dicho por el doctor, mientras la tortilla se hunde al fondo del tazón de frijoles. Saca el papelito y lo desdobla. ¿Y esto con qué?, pregunta la mujer. No faltará quién, contesta el hombre. Va a la tienda de abarrotes de la vuelta y marca el número que le han dado. Una voz cauta, astillosa, le responde. Al terminar su explicación, el hombre pregunta: ¿se podrá? Sí, en tanto. ¿Cómo me dijo que se llamaba? Manuel Zepeda. El hombre habla con el dueño de la empacadora, le pide un préstamo. El dueño consiente, pero sólo puede la mitad. El hombre acepta: es justo lo que necesita. Tendrá que trabajar horas extras, a su vuelta, y fines de semana. Por un año. ¿Me oíste, Manuel? Sí, patrón. Dos semanas después el contacto los espera en El Limonero. No son los únicos. Hay una pareja más, una muchacha con una mochila negra colgada en la

espalda, esa señora gorda y dos muchachos. ¿Manuel Zepeda? Sí. ¿Y ésta? La Pirru, mi hija. ¿La Pirru?, pela los dientes el contacto. Sí, por pirruña. Acaricia su pelo el contacto. La niña esboza una sonrisa: sus carnes trasijadas, sus pómulos maltrechos. Mira como pidiendo algo, siempre, pero quién lo sabría. Suben a una camioneta Van negra, en la parte de hasta atrás, los vidrios polarizados y la placa delantera desprendida de un ribete. Nada más que no me suba los pies la niña al asiento, don Manuel, dice el contacto, y se encaja los lentes oscuros en el tabique de la nariz. Bájelos, hija. Ándele. Los pies de la niña bajan del asiento, donde iban recostaditos. Qué viaje más largo: Guadalajara, Torreón, Chihuahua, Cd. Juárez, El Paso Texas. El hombre sigue la trayectoria de la línea blanca de la carretera, las luces difuminadas de los automóviles, las antenas de luz roja en la punta de los cerros. Cabecea. Sus hombros se sobresaltan en las casetas de cobro. Su quijada vuelve a encajarse al fondo de su pecho. La niña dormidita recargada en su costado, hace ya cinco horas, diez. Paran en un restorán de paso. El hombre devora dos quesadillas, una Coca-Cola, se limpia la jeta con el antebrazo. Compra a la niña un jugo de naranja y una torta de jamón. Para que coma, hija. Ándele. Para que se ponga fuerte. La niña niega con la cabeza. No tiene hambre. Vuelven a la camioneta. La niña sube con dificultad. El hombre es un muro para que no caiga. Nada más que no me coma la niña ahí porque me mancha los asientos, dice el contacto, y vuelve a encajarse los lentes oscuros en el tabique de la nariz. Me come lueguito, hija. Ándele. Más adelantito me come. La niña regresa la torta de jamón a su bolsa y cierra el jugo, apenas le dio un sorbo. Un par de horas después entran en la ciudad: sus avenidas

como dos anchas espaldas. El contacto les dice que se aproximan. Que estén atentos, dice. El hombre despierta a la niña, que entreabre los ojitos. Cómo le pesan los párpados. La camioneta Van negra avanza, gira dos cuadras adelante y toma la avenida hacia el puente. El puente se ve al fondo: curvado, altanero. Cruzan el vado de un río. Hay una fila de tiendas comerciales: Wal-Mart, Office Depot, a lo lejos, del otro lado del puente. El contacto gira a la derecha y entra por una callecita, estaciona la Van negra junto a una cortina de fierro. La cortina de fierro se levanta y aparece un hombre vestido de verde, con gorra verde y botas negras. Va al asiento del contacto, rodeando la Van por atrás. Negocian. El contacto extrae de la guantera un fajo de billetes y se lo entrega. El vestido de verde hace una señal con la mano y el contacto entra en la bodega, cruza otra cortina y sale a otra calle. Avanza dos callecitas, tres, y a la izquierda, de nuevo. ¿Ya?, pregunta la mujer gorda. Ya, contesta bajito el contacto. A los dos muchachos les salta del rostro un fulgor. Cruzan el puente y entran en la fila de tiendas comerciales: Walmart, Office Depot, que antes se veían lejanas, imposibles. El contacto detiene la Van negra en un callejón, junto al vado del río. Una calle cerrada. Se baja y abre la puerta lateral. Dispérsense nomás, es todo lo que dice. El hombre coge a la niña y baja con ella en brazos. La arrastra, despavorido, por la calle. Ya cruzamos, mija, dice. Ándeale, venga. La niña hace un esfuerzo. La mano del hombre se amarra a su mano, fuertemente. El hombre mira hacia uno y otro lado. Ve las avenidas grandes, la fila de tiendas comerciales. Nunca lo habría soñado: con un poco de suerte encontrará un doctor, un hospital. Lleva la camisa abierta por el pecho. La niña un vestidito con los listones

descosidos. Se detiene en una esquina y se sienta en la banqueta. Cómase la torta, hija. Ándele. Para que se ponga fuerte. Y el jugo. La niña niega con la cabeza, otra vez. No tiene hambre: sus labios resecos, ardiente su nuca. Ámonos, pues. En una tiendilla entran a preguntar: por un hospital, por un doctor. Le dijeron que aquí en Estados Unidos encontraría uno, para su hija. Mírela a la pobrecita. La mujer de la tiendilla tuerce la boca. Sortea el mostrador y desmiente al hombre: aquí no es, dice. Aquí es Chihuahua, nomás. El hombre traga saliva. Siempre les hacen lo mismo estos perros: que es Estados Unidos, que ya cruzando el puente, pero no. Tampoco el río Bravo, y lo señala con el dedo. ¿Lo ve usted? El hombre gira la cabeza, confirma y la regresa a su sitio. La niña lo mira, desde abajo: como si mirara un árbol que cae. Tose, tose. El hombre se pasa la mano por la cara, se limpia sabe qué. Sacude la cabeza. Se le agrieta la mirada, de pronto. Y en ese parpadeo, la niña empieza a vomitar. Nada más sáquemela para afuera que me va a ensuciar todo aquí, dice la mujer. Sí, señora. Véngase, hija. Ándele, pá' fuera. Acá vomite lo que quiera. El hombre sale de la tiendilla y retoma la ruta. Había visto una Cruz Roja, pero: ¿dónde? Voltea hacia atrás, hacia adelante. Coloca la mano en visera. Empieza a regresar lo andado. Será pasando el puente que la vi, piensa. Una gota gorda de sudor escurre por su sien. Limpia la boca de la niña con la manga y la carga en brazos, aguadita. Camina una cuadra, cinco, diez cuadas. Ahí está: la Cruz Roja. Entra con la niña en brazos. A ver si se la pueden recibir. Recuesta a la niña sobre la banca y antes de ir a la recepción: a ver si me quita a la niña de ahí que no es hotel aquí, escucha. El hombre regresa, vuelve a cargar en brazos a la niña y va a la recep-

ción. Arriba, hija. Ándele. La enfermera le ordena que se siente: allá, no acá. Más allá. ¿Aquí? Sí. El hombre se sienta, al fondo, en una silla, nadie ha anotado sus apelativos en ninguna hoja. Nadie ha medido la temperatura de la niña, siquiera. Nada más le han dicho que se siente: allá, no acá. Y es lo que hace, con la niña en brazos. Suda un mar. Ve pasar a una mujer al consultorio. A un hombre con un niño al consultorio. A una jovencita y a otra mujer, al consultorio. Luego no pasa nadie. La puerta del consultorio se cierra y dura así sabe cuánto. Desapareció también, hace ya rato, la recepcionista. El hombre se rasca las coyunturas. A las diez en punto aparece otra enfermera. Abre el consultorio, su puerta de par en par: ya pa' qué. La niña se le ha muerto en los brazos, ahí, sin decir una sola palabra. Se le ha pegado el estómago en las costillas. Se le han sumido los ojos en las órbitas, hasta el fondo, a la niña, y no dijo ni pío. Empieza a oscurecer. Si habla con la enfermera lo interrogará. Vendrá un agente de policía. Levantarán un acta. Tendrá que declarar en la Procuraduría de Justicia. Lo harán pagar lo que no tiene. El hombre se levanta y sale sin que nadie lo note, con su hija en brazos, como llegó. Es todo lo que tiene. Eso y la bolsa con la torta de jamón, y el jugo que la niña negó con la cabeza. En la esquina le chifla a una camioneta. Qué se va a detener, con esa música tan alta que lleva. Lo mismo el coche con dos tripulantes: lo sienten, pero no pueden. Que se dé de santos que no lo denuncian a la policía, por su cara de sicario. Y los ve partir. Se sienta en la banqueta y acaricia el rostro de la niña, con el dorso de la mano, una vez, dos. Le descubre la frente, las orejas, pasa la yema de los dedos por sus mejillas. El pelo de la niña... Allá ve que dio vuelta un taxi y se incorpora. Levanta una

mano, el hombre. El taxi se aproxima y baja la velocidad. El hombre se acerca y explica todo desde el principio. Que él nomás se confi3, dice. El taxista escucha al hombre con la ni3a en brazos. ¿Y a d3nde dice que va, amigo? Aqu3 adelante, a Colima. All3 a ver qu3 le doy. El brazo del taxista se estira y abre la puerta. Lo invita a subir. Nada m3s d3jeme reportarme a la central. Coge la radio y llama. Estar3 fuera de servicio, explica. Un asunto familiar. El hombre sube a la ni3a al taxi, luego sube 3l. Si me detiene un federal, usted no se mueva ni diga nada. S3. El taxista arranca. Si quiere abra la ventanilla. Un poco de aire fresco le har3 bien a su bella durmiente. S3. Ingresan en la carretera 45, rumbo a Delicias, luego rumbo a Torre3n. La l3nea recta blanca que divide los rumbos se abisma unos metros adelante, sin dejar rastro. El hombre hace un hueco en su cuerpo para que ah3 se recueste la ni3a. Un hueco oscuro, donde ahora duerme toda ella, solita: para siempre.

QUIERO LLEVARME A SALGARI A LA CAMA

JOSÉ CARLOS SOMOZA

Hace ya años que me acosté con él, pero no he podido olvidarle. Fueron sólo unas cuantas noches, pero tan intensas... Ahora recuerdo ese tiempo remoto y lo busco entre los rincones de mi memoria, porque lo cierto es que me gustaría repetir la experiencia.

Yo tenía 12 o 13 años. Estaba en esa edad tan frágil en que las cosas que haces son únicas, porque nunca las hiciste antes y ya no volverás a hacerlas más. Esa edad en la que eres demasiado mayor para jugar como un niño pero todavía no tanto para aburrirte como un adulto. Una edad del todo o el nada: la edad en la que hay que llevarse a la cama a Salgari. Antes, quizá fuera prematuro; después, se

pasa el momento. Pero yo estaba en la edad perfecta, y tenía las anginas perfectas.

No hay nada como unas buenas anginas para leer. En mi época los chavales leían con las anginas. Hoy puede decirse que miran las pantallas con anginas y sin ellas, aunque quizá leen cada vez menos. En todo caso, los problemas de amígdalas hoy no nos aumentan tanto la cultura, entre otras cosas porque duran menos. Pero en aquella época existían las anginas perfectas: años antes, eran peligrosas; años después, se curaron demasiado pronto. Yo hablo de una época, caballeros (como diría el portugués Yáñez), en que un buen par de anginas, una a babor y otra a estribor, siendo inocuas, nos permitían dos o tres días de calma chicha metidos en la cama, bebiendo sopa caliente y mecidos por nuestras madres. Mis anginas, en concreto, eran de ese estilo, de las que ya no quedan, y me mantuvieron en cama, aunque en relativamente buen estado, durante unos cuantos días. Fue entonces cuando mi padre se sacó del bolsillo aquel libraco inmenso, blanco, mullido, de casi mil páginas.

—A ver si te gusta —me dijo, guiñándome un ojo.
—Yo lo disfruté mucho cuando tenía tu edad.

Había empleado ese tono de alcahuete literario que yo ya le conocía. En este caso, el tono era correcto: él ya se había acostado con Salgari y quería que su hijo tuviese la misma experiencia. Entre lectores, nos recomendamos a los autores con cierto brillo de placer en las escleróticas. “Vete a la cama con él, o ella, a ver qué te parece.”

Recuerdo que el libro traía varias aventuras de un tal Sandokán, de quien únicamente había oído hablar a mi padre. Por aquella época aún no se había hecho popular la

serie de televisión que aumentó las ventas de sus libros en España poco después. En el colegio, nadie lo había leído. Pero yo tenía a mi disposición aquel libro, de la desaparecida editorial Bruguera, con varias de las aventuras del Tigre de Malasia.

Debo hacer constar otra particularidad de la época: Tolkien no existía y Rowling aún no soñaba con ser escritora, menos aún millonaria. Y menciono esta característica porque no me queda claro qué ocurriría hoy con el mismo niño y las mismas anginas. Probablemente este artículo se escribirá dentro de treinta años con los nombres del padre de los hobbits o de la madre de Harry Potter. Sin embargo, todavía en los setenta Sandokán seguía siendo el Tigre, y ningún niño mago ni elfo oscuro lo habían derribado aún de su podio.

Salgari era una cómoda droga: entraba con inmensa facilidad a través de un diálogo fácil, quebrado, inmediato, desde el primer capítulo:

— ¡Yáñez, tenemos compañía a estribor!

Y la cama desaparecía de improviso. Lo cual es lo que suele suceder cuando uno pasa buenos momentos en la cama. Las camas están creadas para que desaparezcan. Es el único mueble que empieza a ser bueno cuando nos olvidamos de él, cuando deja de existir: el sueño y el amor (y quizá la muerte más dulce) suelen acontecer en la cama. Y las grandes lecturas de los niños también. ¿A qué niño ves leyendo sentado? Para un niño, leer es acostarse. Yo me llevé a Salgari a la cama y de pronto, tuve compañía a estribor, y malayos, hindúes, dayakos, tigres, corsarios, cipayos policromos se alzaron sobre mis sábanas balanceándose sobre

praos y chalupas, armados con kriss y enamorados de bellísimas doncellas de cutis bronceado.

Lo más parecido al mar es una sábana: en ningún otro sitio tenemos esa idea de flotar sobre superficies onduladas, soñando, en medio de un creciente sopor. Mis sábanas, además, eran azules, y podían representar el océano sin esfuerzo. A eso se unía el calor (la fiebre), el crujido a mástil quebrado (*ei somier*), el torso descubierto (bajo el pijama mal abrochado y húmedo (sudoroso), la leve brisa pasajera de la ventana leía verano) y el gesto de velamen de los visillos. He aquí la explicación de por qué soñamos tantas veces con el mar; la cama es el mar de los hogares.

Nunca olvidaré aquellas aventuras en el océano de mi cama junto a Salgari, con aquel libraco que podías abrir hasta el límite sin romperlo (la encuadernación de antes, qué buena era) y que parecía inagotable. Un libro como un cofre del que sacabas horas y horas de pasatiempo y aventura.

Miro hacia atrás, hacia esos días, y los veo como un amor de juventud. No sé si sería capaz de volver a acostarme con Salgari, pero me gustaría, no tanto por Salgari como por mí. Voy buscando a mi perdido amor como Sandokán la Perla de Labuán, y casi deseo volver a tener las “anginas de la lectura”, aunque por desgracia las enfermedades de esta edad no siempre nos ayudan a leer.

A esta edad me interesan otras cosas de aquel amor apasionado, fugaz y ardiente: me interesa, por ejemplo, descubrir en la biografía de este inmortal aventurero del papel que terminó suicidándose por encontrarse en la ruina. Me interesa más la aventura del pobre Emilio, que no llegó a pagar los gastos de su familia ni con un centenar de libros sobre el Oeste, los Piratas, los Tigres de Malasia y la

diosa Kali, que la escritura de Salgari, y tengo la sospecha de que tal cambio de actitud no es achacable en modo alguno al grueso y mullido libro de Sandokán que yace en alguna estantería de mi memoria sino a que Salgari pasó con su barco por mi vida, y ahora está quizá anclado en otras camas.

Mis sábanas ahora no son azules sino blancas, y si abro un libro hasta el límite, termino con las hojas sueltas sobre la cara y el esqueleto de la cubierta en las manos. Los libros y yo hemos envejecido, y aunque seguimos amándonos debemos tratarnos con delicadeza.

Añoro el tiempo de la aventura: del termómetro en treinta y ocho, la aspirina, la sábana azul, el sudor profuso, el colegio cerrado y remoto, y Sandokán en mi cama, el Tigre de Mompracen alzándose sobre los pliegues, el tacto a seda de turbante del cobertor, la reciedumbre de la piel elefantiásica del *somier* y la suavidad de una cintura de princesa hindú rellena de plumas sobre la que recostar la cabeza y cerrar los ojos.

Quisiera llevarme a Salgari a la cama. Otra vez.

LA PROFECÍA DE SONIA MASOMENOS

Estoy muerto. Me mataron un día de septiembre de 1957 de un balazo en la cabeza. Contar mi muerte era el propósito inicial de esta torpe página que martirizo con una máquina de escribir. Pero acabo de descubrir algo, o mejor, dos cosas: no puedo explicar mi muerte sin antes explicar mi vida, por lo que quizá el relato me lleve más tiempo del que creía; y también he sabido, con cierta sorpresa, que la vida en la muerte puede ser aceptable, incluso deseable, a condición de reencontrarte con aquellos a los que amas. Si no es así, que el Señor me perdone, la vida, eterna o no, carece de interés.

Mi vida no tiene sentido sin ti.

Morirme, ahora lo sé, no significa haber perdido mi vida: morirme significa haber perdido la tuya.

Es por ti, sobre todo, que escribo esto. Si estos papeles te alcanzan, si llegaras a leerlos, me resignaré de buena voluntad a la muerte.

Y si pudiera verte de nuevo, por algún milagro de la Gracia Divina, ¡ay, entonces para mí sería como si no fuese a morir nunca!

Como si continuase viviendo para siempre.

Me he despertado hace un minuto y he pensado que quizá no seas tú quien esté al otro lado de estas páginas. Pero ello no significa que no vayan a ser leídas. Acaso sean otros ojos los que se asomen a esta crónica. Es por eso que quiero que mis palabras signifiquen más que garabatos impresos en papel.

Soy consciente de que el obstáculo a superar es muy alto. En vida me gustaba mucho leer, y de sobra conozco el escepticismo con que enfrentamos cualquier texto. Por eso lo inicio diciendo: soy yo quien esto escribe, tuve una vida como tú y dispongo de poco tiempo para convencerte de lo real de mi historia, no menos real que la amenaza que afronté y que me ha llevado a la muerte. Me consta que debo ofrecer pruebas que garanticen que lo aquí narrado es verídico. Pruebas y acaso explicaciones: unas no son nada sin las otras. Y si, por la bondad de Dios y la intercesión de la Virgen, eres tú quien posa los ojos en mi narración, amor mío, entonces tanto mejor, porque ya sabrás que no estoy mintiendo.

Se me ocurre comenzar contando algo que te probará que soy yo quien está tras estas páginas, porque es una anécdota que apenas conoce nadie más que tú. En realidad, has conocido casi todos los hechos que voy a contar aquí.

Casi todos, excepto los que han provocado mi muerte.

Pronto conocerás esos también.

Pero lo que quiero contar ahora es la profecía. ¿Recuerdas que te hablé de ella?

Ocurrió en Toledo. No soy oriundo de allí: en vida me llamé Ángel Carvajal y nací en Valencia en 1917, de familia granadina y almeriense. Habría podido nacer en cualquier otro sitio porque mi padre era militar, y por tanto errabundo (mi hermana Luisa, tres años mayor que yo, había abierto los ojos en Zaragoza). Mi abuelo paterno decía que las familias de militares echan raíces en la patria, no en la tierra. Como para probar ese aserto, a mis tres años de edad nos mudamos a Toledo, donde mi padre empezó a trabajar de profesor en la Academia Militar del Alcázar.

Hubo un tiempo en que creí que Toledo había sido mi pequeño paraíso, un lugar de inefable felicidad e ignorancia. Ahora, en cambio, mirando hacia esos años, estoy convencido de que mis compañeros de colegio y yo intuíamos algo sobre las sombras que se avecinaban. Porque un niño es, a su modo, una especie de papel que, no siendo consciente de lo que se escribe en su seno, lo porta, sin embargo, de un lado a otro en la mirada y la conducta. Jugábamos y gritábamos con ese alboroto jovial de la infancia, pero ahora creo que, sin darnos cuenta, una inquietud se iba posando en nosotros como el polvo en los muebles. Un presagio. Recuerdo una foto de mi clase que tú conservas, me veo a mí mismo mirando a la cámara junto a mis casi rapados compañeros, y lo percibo en nuestras miradas. Como si dijéramos: "Ahora es cuando llega el momento, para nosotros los niños, de miraros a vosotros, los adultos del futuro. Para que sepáis lo que estáis a punto de destruir".

Pero, si existía, eso era sólo un presagio, no fue la "profecía".

La profecía me la dijo una niña llamada Sonia.

No recuerdo su apellido. La apodaban Sonia “Masomenos” por su hábito de acabar con esa coletilla muchas frases. Tenía dos o tres años más que yo y era flacucha, esmirriada casi, de largas trenzas negras y rostro anguloso e inmensamente serio.

— Leo el futuro en las manos, más o menos — decía.

Yo era de los pocos que creían sus vaticinios a pies juntillas, porque algo en su circunspección me entontecía. Vivía cerca de la plaza de Zocodover, y allí nos juntábamos para nuestras chiquilladas mis amigos y yo y sus amigas y ella. Mis compañeros la tildaban de bruja, creo que debido a que tenía una abuela que sabía leer las rayas de la mano y le había enseñado aquella honda sabiduría. Pero cuando la recordé de mayor pensé que sobre todo era bruja por ser tan seria. La distancia entre nuestros juegos de niños y su seriedad era, para nosotros, mágica. Y su tristeza. Era triste de forma innata, como si realmente conociese el futuro. El futuro último, el final. A mí me daba miedo acercarme a ella, la veía como un tótem, un ídolo hermoso y a la vez terrible. Con aquella espalda cargada, tan flaca que los huesos le abultaban como alas de murciélago plegadas. Me volvía loco con ella. A nadie más le gustaba.

Y como no se me ocurría de qué otra forma iba a acercarme a aquella niña mayor y sabia, un día me entregué al sacrificio de dejar que me leyera la mano.

Los veo todavía: sus dedos largos, huesudos, blancos, tomando los míos morenos y cortos. Un calambre me recorría la espina dorsal.

Sonia Masomenos: yo ansiaba que, en ese futuro que iba a desvelarme, me dijese que me casaría con ella y nunca

la dejaría. Y algo parecido me dijo al principio, pero, para mi tristeza, nada sobre nuestra posible vida en común.

—Te casarás —recitó, siempre enaltecida por su certidumbre—, tendrás hijos, viajarás. Serás militar, muy importante, más o menos. Y... —De súbito calló, como bajo el peso de una sombra enorme. Apartó la vista de mi mano y me miró con aquella gravedad tan pura, como hecha de cosas en su rostro que ella misma no podía controlar. Cosas que me fascinaban.

—¿Y qué más? —Fruñí el ceño. —¿Qué más? ¡Dime! ¿Qué más? —Ella callaba y retrocedía, como si sus ojos fuesen una madriguera y la mirada el animal que la habita habita. —¡Dime, o no te dejaré que me leas la mano otra vez, Sonia Masomenos! —le advertí.

No le gustaba el mote y creí que ofendiéndola hablaría, pero no cedió. No abrió aquel cofre. Se apartó de mí lentamente y dio media vuelta. No fue como si se alejara sino como si se consumiera. Una vela.

Es el último recuerdo que tengo de ella: apagándose en silencio, oscureciéndose, mientras, aturdido y ciego por su desaire, yo le chillaba encolerizado haciendo añicos mi pobre amor. ¡Tonta! ¡Idiota! ¡Sonia Masomenos! ¡Sonia Masomenos! Me duelen las cosas que le grité.

No volví a verla en mi memoria. Su padre, un maestro de izquierdas, sería fusilado años después. Ella había muerto antes, de tuberculosis.

Siempre pensé que, sin saber qué más cosas inventar al leerme la mano, se había burlado de mí. Pero ahora creo en Sonia y en su profecía. Creo saber qué era aquel último vaticinio y por qué me lo ocultó.

Vio mi muerte. Vio que me matarían a mis cuarenta años exactos. Sus ojos se hicieron hondos y negros como el cañón de la pistola que iba a sentenciarme.

Te matarán, Ángel: eso fue lo que no me dijo. Cuando más seguro te creas, cuando menos culpable parezcas. Te matarán y tendrás que contar cómo, para impedir que otros mueran.

Más o menos.

ESPECTÁCULO PARA AVESTRUCCES

IMANOL CANEYADA

Éste no es un colapso del orden social.

Éste es el nuevo orden

Charles Bowden

PRIMERA PARTE

RQ

Es suave y húmedo, como acariciar una superficie de fango. Hace media hora que deslizo los dedos por el lomo del animal. Duerme en mi regazo con una respiración pausada. De pronto se estremece. Pero regresa siempre a la certeza de mi mano y mi vientre. ¿Cómo puede ser tan confiado? ¿Cómo sabe que no le arrancaré la cabeza si

acaba de conocerme? Dibujo con el dedo índice las pequeñas orejas, la coronilla. Con el hocico cerrado tiene un aire canallesco, cínico: una sonrisa de asesino. Como un aire de desencanto que se rompe cuando despierta y abre las fauces para convertirse en un ser rastrero y bobalicón. Lo prefiero dormido.

Estoy en una fonda, cualquier fonda de esta ciudad de anocheceres torpes. Los chiles rellenos nadan en una desabrida salsa más agua que receta. El arroz sabe a baño de cantina. Le doy vueltas a la comida en el plato, en mi boca que reconoce las texturas de siempre, en mi estómago sin matices. Toso y el cachorro despierta. Atolondrado, me observa un instante y regresa al vacío del sueño. Yo desperté hace una hora en un hotel sin nombre. Cuando la tarde claudicaba ante el batallón de calaveras verdes que sale al ponerse el sol. Un perfecto ejército de zánganos, esos súbditos a los que me debo de un tiempo a esta parte. Y como todas las noches, caminé hasta la fonda tras los recalentados del menú que sirve el dueño al mediodía.

El dueño, un tipo con alias de padrote y mirada perruna, como la del cachorro, suele hablar lo justo: el menú del día. A veces se limita a señalar el pizarrón donde lo ha escrito con una letra de molde afeminada. Pone cosas como *carne hazada* o *chiles reynos*, *quezadillas* o *mole poblano*. Su ortografía me provoca un desasosiego inexplicable. Detrás de una barra vieja acabada por las termitas, se entrega a los fogones a la vista de todos. Cocina sin gracia en ollas y sartenes oxidadas, con un delantal acribillado de lamparones y manos de mecánico. Es uno de esos sujetos a los que mataría sin reparo. Tal vez algún día lo haga. No me ha dado motivos. Paga la cuota puntualmente. Vive de un

trabajo noble que él envilece. Quizás por eso me gustaría pegarle un tiro en la cabeza.

— Apártame unos huesos de pollo para el cachorro — le pido.

El dueño de la fonda escarba en el bote de basura al pie de la estufa donde cocina. Extrae un puñado de huesos. No sabe qué hacer con ellos. Su expresión de impotencia es la de un imbécil superado por los avatares. Por fin los envuelve en una servilleta y los lanza por encima de la barra. Atrapo el manojo antes de que caiga sobre la mesa y esparza su pequeño cementerio. El sujeto me da la espalda y vuelve a su mundo de trastes.

— No debería darle huesos de pollo al cachorro, puede atragantarse.

Yo no sé nada de perros, pero creo sinceramente que es una gran estupidez lo que acaba de decirme la vieja prostituta que se sienta tres mesas más allá. No soporto las intromisiones de la gente. Hay al menos un millón de hijos de puta en esta ciudad que cree saber de lo que habla. La conozco, todas las noches se presenta en la fonda y pide una sopa de coditos que parece un pantano en estío. Una vieja zorra que vive de la caridad. Después de un par de cervezas rememora sus hazañas de puta de lujo; cuando empieza con la historia del senador que le propuso matrimonio, los habituales acostumbran a insultarla. La observo fijamente. De pronto ya no está tan segura de conocer algo de perros. Unos pliegues de carne cuelgan del mentón. Es una gallina vieja y nerviosa. Desvía la mirada. Regresa a la mía con la esperanza de que no esté ahí, pero la encuentra de nuevo y sonrío: una sonrisa harapienta que pide clemencia.

— ¿Cree que no debo darle estos huesos al cachorro?

La anciana abre la boca en un intento de concilio. Conoce la ciencia de humillarse a tiempo, toda la vida la ha practicado. El dueño de la fonda, que contempla la escena desde su barra de moscas y cucarachas, con un imperceptible movimiento de cabeza persuade a la vieja de cerrar el hocico.

— Le he hecho una pregunta.

Todos sus pliegues flácidos y sus manchas en la piel y sus tetas mundanas y vencidas y hasta las nalgas que ofreció en los exquisitos puteros en los que asegura haber trabajado, tiemblan impotentes.

— Bueno, yo...

— ¿Usted tiene perro?

— No, la verdad, pues no... pero dicen.

— Dicen. ¿Quiénes dicen?

— La gente.

— ¿Sabe qué más dice la gente? Que debe practicarse la caridad con viejas alcahuetas como usted.

El primer hueso de pollo que le arrojó golpea en la frente de la anciana y cae sobre la mesa de plástico, a un lado de la sopa. La vieja guarda silencio. Humilla la mirada, se refugia en el viaje de la cuchara a la boca de dientes manchados de café y nicotina. Los parroquianos siguen la escena con sadismo parvulario. El segundo hueso aterriza sobre sus senos marchitos. El tercero termina nadando en medio del caldo, después de ofrecer su espectáculo de salpicaduras. Cuando por fin levanta la mirada, los ojos acuosos de impotencia, esos ojos siempre a punto de llorar de los viejos, enfrentan los míos sin un solo jirón de coraje: suplican. Y descubren que no encontrarán misericordia. Se

incorpora mucho más vejada que cuando entró a la fonda. En un minuto puedes crear un infierno en la existencia de un mortal, la conciencia del infierno.

Ya en la puerta, la prostituta se cruza con La Muñeca, un travesti que hace la calle por capricho y que pelea con la saña de una mujer y la fuerza de un hombre. A pesar de sus andares de maricón de pueblo, sus gritos de loca y sus metáforas de arpía, no hay padrote, *dealer* o ratero en esta ciudad que no lo respete. Lo he visto, montado en tacones de aguja y con la minifalda arremangada en la cintura, arrancarle los ojos a un cliente por negarse a pagar por sus servicios. Literalmente. La Muñeca anhela en secreto que un día de estos me la tire. Tal vez le cumpla. Le encanta que le hable en femenino.

— ¿Qué nuevas me trae la reina de los burócratas?

— Calla, calla, mentiroso adulador. Ni creas que vas a conquistarme con esa boquita de vendedor de autos — me dice mientras se sienta frente a mí e interpreta su pudor de adolescente ganosa.

— ¿Qué crees? Nada de nada, muñeco. Que no paga el poco hombre ése. Además, grosero y pendejo. ¿No me ofreció trabajar en su club de mala muerte? Naquísimo el sujeto. Por supuesto que me negué, no vayas a creer. Y que le digo, si no pagas, te va a llevar la *shingada*, muñeco. Y que me dice, dile al cabrón que te manda que no sabe con quién se mete. No necesito protección de nadie, ¿quedó claro, mariconazo? Así me dijo, oyes, mariconazo a mí, muñeco. Conste, le contesté, y que me doy media vuelta y me largo sin despedirme.

Hace rato que he dejado de oír a La Muñeca. Los detalles me abruma.

—Paga esto y cuida unas horas del cachorro — le ordeno al tiempo que me levanto y abandono al perro sobre las tetas operadas de La Muñeca.

Salgo de la fonda, la noche es cálida, un lengüetazo húmedo en la mejilla. Camino las calles de esta ciudad sin nombre con una sensación extraña que recorre mi escroto. No es miedo. Se trata del dulce sentimiento de que alguien, por fin, tiene los cojones de enfrentarme.

Soy uno de los tantos dioses de esta ciudad desmembrada. Y como cualquier dios, una vez terminada la creación del mundo, me aburro eternidades. Por eso invento juegos macabros y perdones que justifiquen mi existencia. Camino las calles como una divinidad hastiada y mi libre albedrío viene dictado por el capricho. Tengo mandamientos, reglas, capillas y fiestas de guardar. Los narcotraficantes, los padrotes, las putas, los asesinos, los secuestradores y los ladrones celebran todo tipo de ritos para aplacar mi ira de niño mimado. Pero como soy un dios inconstante, cada noche reinvento los dogmas, los rezos y los cánticos. Mis feligreses viven aterrados y sus fanfarronadas poseen la medida del miedo. Algún día, uno de ellos me venderá, no por treinta monedas, sino a cambio de que su vileza supere a la mía. Todavía no llega el momento.

Camino por una calle sin nombre en busca de la cuota que religiosamente deben pagarme para poder trabajar en esa barriada al norte de la ciudad. A mi paso, las muherzuelas buscan las sombras de los portales mientras un escalofrío les recorre el espinazo. A mi paso, los padrotes sonríen como ancianas sin dientes y esconden el dinero que les arrebataron a sus mujeres. A mi paso, los *dealers* hurtan

su mercancía adulterada en los cojones y practican la humildad. He llegado a la entrada del tugurio más exclusivo de la calle. Un gigante mongoloide, de corte militar, ojos de sapo y sonrisa alelada (esa sonrisa que precede al sadismo) me cierra el paso. Me porto condescendiente porque adivino que no me ha reconocido. Él hace su trabajo y eso lo honra. Al abrirse la puerta, tras dos ejecutivos en traje Armani, se cuele la luz cenital del antro e ilumina mi rostro. El portero abre más —si cabe— sus ojos batracios y balbucea una disculpa. Se hace a un lado y me cede el paso con un gesto reverencial. Su humildad tiene algo de eunuco. En la mano tendida y gorda, asesina y puñetera del guardia de seguridad, deposito un billete de doscientos.

Avanzo entre cuerpos aturcidos por la descarga de decibeles. En una especie de templete elevado unos tres metros sobre las cabezas de los parroquianos, una pareja copula en vivo. Su disciplina gimnástica remite más a las olimpiadas que al erotismo. Salvo unos pocos clientes nuevos que babeaban ante el espectáculo, el resto (los habituales) contempla la piel aceitosa del par de animales con una indiferencia que se parece a la compasión. Lo demás es el anodino rito de cualquier otro congal: la posibilidad de asomarse por un instante a la inmortalidad.

Vengo en busca del dueño del negocio, un ex agente de migración que se enriqueció explotando a los ilegales en su paso hacia el norte. El prostíbulo que regentaba en algún pueblo de la frontera sur era famoso por ofrecer a precio de oro vírgenes centroamericanas no mayores de 16 años. En el menú también podía encontrarse niños de entre 10 y 12 años. La clase política y empresarial de todo el país acudía al elegante putero en medio de la selva con la ga-

rantía de una discreción más cara que el servicio mismo. El tipo, Conrado Pesqueira, juntó un buen capital y se mudó a esta ciudad porque el escándalo había asomado sus narices en las páginas de los periódicos locales. El tipo piensa —envalentonado por una cartera de clientes poderosos y televisivos, públicos hombres de familia— que puede edificar templos sin despertar mi ira.

Y me he convertido en azote. En plaga y diluvio. Conrado Pesqueira lo intuye en cuanto me ve aparecer a las puertas de la oficina que tiene al fondo del local, vigilada por un sicario con facha de sicario: una caricatura. Sólo he tenido que caminar derecho hasta el guardaespaldas y encajar el cañón de la Beretta en sus huevos. No importa lo que hagas frente a estos sujetos. Lo sustancial es que en tus pupilas se acumule todo el vacío y la soledad del universo. De inmediato sabrán que estás dispuesto a apretar el gatillo. Y ninguno de ellos, lo sé mejor que nadie, suele querer morir en nombre del desgraciado que los contrata. Encuentro al tipo sentado tras un escritorio muy barroco, muy curre. Entre sus piernas, la cabeza de un adolescente sube y baja. Un muchachito que se tragó por primera vez un falo cuando todavía usaba uniforme de secundaria. Amanecerá muerto en un callejón antes de cumplir los dieciocho. A cambio de unos gramos de cristal, encaja por el ano cualquier objeto que el cliente desee.

Ya dije que me considero un dios, principalmente por las epifanías que me arremeten. Un iluminado de una particular genialidad. En cosa de un segundo, surge ante mí la imagen como una revelación. Todo pasa muy rápido. De dos saltos me sitúo a espaldas del chico hincado. Se encuentra tan drogado que su felación parece funcio-

nar con baterías. Conrado Pesqueira adivina tarde mis intenciones. Toma al adolescente del cabello y trata de quitárselo de encima. Yo dejo caer con fuerza el talón del pie derecho sobre la nuca del mamador. Por instinto, éste cierra las mandíbulas.

— ¿Cómo se te ocurre pensar que puedes dejar de pagar?

Los aullidos del dueño del antro me obligan a gritar. El muchacho tose, escupe una mezcla de sangre y semen. El gorila que vigilaba la entrada del privado ha desaparecido. Una mancha roja se extiende a lo ancho del pantalón del propietario del club. Sigue chillando más, pero mucho más que un cerdo en el matadero.

— Mañana vendré por lo que me corresponde. Tenlo listo, hijo de tu puta madre. No soporto a la gente que no paga por el trabajo de los otros.

Abandono el antro con un deseo loco de ser carne, instinto, cópula. ¿Qué puede haber más místico? A tres cuadras, en una esquina iluminada por los ángeles, me encuentro a una puta bella como un salmo. Sus ojos grises anuncian la presencia de la muerte. Frágil, consumida por la cocaína, hace la calle como quien sueña con un jardín de rosas. Detengo un taxi. La alzo en brazos y la introduzco en el coche con el cuidado que su propio padre pondría si la encontrara en esta ciudad. Le indico al chofer la dirección del hotel de siempre. Ella recuesta la cabeza en mi hombro. Entre susurros, me pregunta si tengo coca. Sus dedos escarban en la punta que he dejado en su regazo. La minifalda de cuero descubre unos muslos no más gruesos que los brazos del taxista. Siento una peligrosa ternura cuando la puta levanta su rostro y en la punta de la nariz, una mota

de polvo blanco la dibuja como un payaso. Ella sonrío idiota. Yo sonrío triste.

Una habitación de un hotel sin nombre. La noche parece un paraguas abierto a un sol que amenaza con despuntar en el oriente de la ciudad. Son las cinco de la mañana. Una mujer duerme a mi lado. Al igual que el hotel, tampoco tiene nombre. Recuerdo haberla levantado en una esquina del centro porque era barata y bella. En el contorno de sus fosas nasales se distinguen aún destellos blancos, visibles por la pálida luz de neón que entra por la ventana. Después de haber eyaculado en su ano un par de veces, sigue siendo hermosa. Y ello es prueba infalible de belleza. De todas formas, me gustaría que se largara ya. La despierto de un codazo.

— Vete.

El fajo de billetes aletea bajo el viento que un abanico arroja sin gracia. Antes de coger, siempre pongo el dinero sobre el buró. Es una forma de establecer las reglas del juego. Imagino que ellas también prefieren el pago por adelantado. Me excita observar los billetes apilados con mimo sobre la mesa. Hace un rato tuve que concentrarme especialmente en el montón de manoseados pesos para sostener la erección. La belleza tipo heroinómana de esta puta me inhibe. Su palidez, la piel adherida a los huesos sin mediar un gramo de grasa, el brillo demencial de sus ojos grises... no es una mujer, es un fantasma que desaparece dejando un enredo de silencios.

La habitación, más vulgar que barata, tiene una cama, un buró, una cómoda y un espejo; un baño con cucarachas gordas que dejan un concierto de tripas cuando

las aplastas. Orino sin fijarme si mojo el piso o la taza. Las cinco treinta de la mañana. Demasiado temprano para caminar las calles, demasiado tarde para dormir. Por el tragaluz del baño se cuelan los destellos rojos y azules de los códigos de una patrulla. Al cabo escucho un grito. Un golpe seco y otro grito. Camino hacia la ventana del cuarto. Me asomo oculto tras una cortina raída con olor a jabón de familia numerosa. Un policía sujeta de los brazos a una mujer mientras el otro le arranca la falda de cuero. Van a violarla. Comienzo a vestirme con parsimonia. Nunca me han gustado las prisas. Las palabras obscenas de la mujer trepan por los muros ciegos de la ciudad al tiempo que, imagino, es penetrada por los agentes de la ley. Me fajo la Beretta en el cinto. Abandono la habitación y desciendo los tres pisos hasta la calle que recién nace al mundo. Doblo en una esquina y alcanzo el callejón donde el otro policía, el que sujetaba a la mujer, ahora se la tira. Resopla como un asqueroso cerdo. Tiembla como un asqueroso cerdo. La mujer, aprisionada por el abdomen del hombre contra el cofre de la patrulla, es un manojito de abandono. Observa obstinada un punto en el cielo amanecido, una pálida luz que lame sus ojos grises. Es hermosa, estremecedoramente hermosa, confirmo una vez más. Me acerco a los policías que ya se abrochan los pantalones. Las mandíbulas en sus rostros fatigados de eyacular, de patrullar la noche, son un arco en tensión que a duras penas mascullan palabras. A unos cuantos pasos, la mujer se acurruca entre dos tambos de basura.

—Páguenle por sus servicios, es lo justo — grito desde las sombras. — La tarifa es de mil pesos por cabeza.

—¿Y tú quién eres, pendejo? ¿Su padrote?

Fallo el disparo. En lugar de acertar en el hocico, la bala entra por el cuello. El policía se tambalea, apoya la espalda en el muro del callejón y se desliza hasta quedar sentado. No ha dejado de oprimir la herida con ambas manos, empapadas en sangre. ¿Por qué a los hombres les cuesta tanto creer que van a morir? Los ojos del policía son dos planetas negros que se extinguen a medida que se desangra. ¿Por qué este saco de mierda en uniforme agoniza sorprendido como un niño? El otro policía comete el error de desenfundar. Sólo tengo que desviar el brazo un metro a la derecha y disparar. El proyectil se aloja en el pulmón izquierdo. En unos segundos la hemorragia le impedirá respirar. Registro a los polis hasta encontrar sus carteras. La mujer, desde el nudo de brazos y piernas en que se ha convertido (un feto anciano), me contempla alucinada.

—No traen mucho dinero encima —le digo. —Entre los dos, 1,500 pesos.

Apilo los billetes con mimo, simétricos, junto al cabello de la mujer que flota en un charco.

—Gracias —susurra.

—De nada. Me molesta que la gente no pague por el trabajo de los otros.

No sé si acariciar sus mejillas, tal vez su frente. Pronunciar una palabra de consuelo que nunca me enseñaron. Mejor doy media vuelta y me alejo. La ciudad ha recobrado su rostro, recuperado sus ruidos.

RARÁMURI, RESISTENCIA Y SABIDURÍA DE UN PUEBLO

JESÚS VARGAS

Desde el siglo XIX la etnia rarámuri ha llamado la atención de los antropólogos, pero mucho antes, desde el siglo XVII, los misioneros jesuitas registraron en informes y crónicas el fruto de sus observaciones y experiencias. Su historia, su cultura, atrae cada vez a un mayor número de investigadores y lectores. En los últimos años los corredores, hombres y mujeres han sido reconocidos en los medios deportivos nacionales y extranjeros, pero hay otras expresiones culturales que se desconocen y merecen atención

Según datos del INEGI, en el estado de Chihuahua hay cuatro etnias indígenas: Rarámuri, Tepehuanes, Pimas y Uarijíos. De estos son 72,437 rarámuris; 6,841 tepehuanes; 562 uarijíos y 281 pimas.

Los rarámuri se desarrollaron principalmente hacia el sur del estado con una agricultura incipiente, pero no llegaron a edificar grandes centros urbanos, su condición natural era la formación de comunidades dispersas. Con la colonización aparecieron las misiones, unidades productivas a través de las cuales se modificaron las prácticas tradicionales y se formaron los pueblos organizados sobre la base de la cultura española, pero, no obstante los persistentes intentos por modificar sus asentamientos y juntarlos en pueblos típicos mestizos, o asimilarlos en las ciudades, los rarámuri siguen viviendo en pequeñas rancherías dispersas en las tierras altas y cañones del sudoeste de Chihuahua, y sus productos agrícolas siguen siendo los mismos de hace cientos de años: maíz, calabaza y frijol, aplicando el excremento de la cabra como abono y utilizando el rudimentario arado de madera que introdujeron los misioneros jesuitas. En la forma de hacer producir la tierra radica una de las costumbres fundamentales de los rarámuri. Solo siembran lo que necesitan y en la siembra, cultivo y cosecha participan todos los integrantes de la familia. Esta norma no sólo tiene un sentido en la producción, sino en la formación y educación de los menores en el trabajo colectivo.

La alimentación actual de los rarámuri se sustenta principalmente en el maíz, frijol, calabaza, papa, chile, plantas silvestres, pequeños roedores, pájaros, víboras, lagartijas, pescado, venados y varios tipos de larvas de insectos. En sus rancherías pueden tener cabras, ovejas, pollos, guajolotes, cerdos y son muy afectos a los perros como compañía. Algunos rarámuri tienen caballo, burro, o una vaca que ordeñan y de vez en cuando producen queso,

además que la utilizan para el arado. Pocas veces sacrifican sus animales, excepto durante las fiestas religiosas. La mayor contribución de estos animales para la subsistencia local es el estiércol, que utilizan para fertilizar sus campos. La familia rarámuri tiene que subsistir en un medio muy adverso y con recursos técnicos y materiales muy inferiores a los que utilizan campesinos mestizos. Por vivir en las zonas montañosas la tierra que siembran es más dura y menos productiva. Pero el problema más grave al que se han enfrentado desde el inicio de la colonización, ha sido la presencia agresiva y abusiva por parte de los mestizos (chabochis) que se han aprovechado de su forma de ser. Primero invadieron su territorio desplazándolos y despojándolos primero de sus tierras de siembra y después de las zonas boscosas.

Pese a todos los factores que han tenido en contra, los rarámuri han conservado su cultura a través de los casi cuatrocientos años de relación con los blancos. Han conservado su filosofía, concepción de la vida, su lengua, su apego a la familia, el respeto a la naturaleza, la organización colectiva, las formas tradicionales de producir, las diversiones, sus danzas, su música, sus herramientas de trabajo como el arado de madera, y los objetos de uso doméstico como el metate y la cerámica. Siguen muy apegados a sus formas de curarse en base a las hierbas medicinales combinadas con rituales más o menos mágicos.

En los 400 años que han transcurrido desde el contacto español, los rarámuri se han distinguido por su terquedad cultural, por su capacidad de resistencia, pero sobre todo por su pensamiento y su relación con la naturaleza.

No son pocos los historiadores que se han referido a ellos como una nación dócil y sumisa, sin embargo en esos cuatrocientos años han recurrido a todas las formas de resistencia, incluyendo la guerra. Una de las insurrecciones más conocidas en la historia es la que se escenificó en la región del actual distrito de Guerrero a mediados del siglo XVII, la que encabezó un líder rarámuri identificado por los jesuitas como Teporaca o Teporame “el acheró”, quien participó primero como auxiliar de las tropas españolas cuando estas persiguieron a los rarámuri rebeldes durante las dos primeras sublevaciones, de 1644 y 1650. Pero en la tercera de esta serie de sublevaciones, la de 1652, figuró Teporame como jefe; con su influencia miles de rarámuri se decidieron a participar en la rebelión que encendió toda la serranía de Chihuahua hasta los límites de Sonora y Sinaloa. Esta rebelión se sostuvo durante un año y terminó con la aprehensión y la ejecución de Teporame el 4 de marzo de 1653 en el pueblo de Tomochic. De acuerdo a la tradición popular, el lugar donde fue ejecutado es donde actualmente se encuentra el templo de este lugar, que fue el mismo escenario de otra guerra que tuvo lugar casi 150 años después, entre 1891 y 1892.

En el archivo histórico de Hidalgo del Parral se encuentran gran cantidad de documentos coloniales donde se registraron los pormenores de estas rebeliones porque las fuerzas militares españolas que los combatieron se encontraban en este real de minas. Uno de los documentos importantes de ese archivo es el Acta de Ejecución, la cual fue consultada por el historiador Francisco R. Almada y al respecto escribió que cuando estaban a punto de ejecutar a

Teporame, el capellán del ejército le preguntó que si quería confesarse y escribió que el jefe rebelde había respondido:

“que no quería confesarse ni conocer a dios; que no trataran de decirle nada, que cuando lo cogieron les había dicho que lo ahorcasen y no lo trajesen y que para qué querían que dijera nada, si hacía muchos días que estaba con el diablo, que si acá ahorcaban, también él había ahorcado frailes y españoles”.

Fueron muy numerosos los alzamientos indígenas durante la década 1640-1650. Surgieron diferentes frentes de combate en diferentes puntos de la Nueva Vizcaya, pero casi todos fueron levantamientos aislados. En los años siguientes la resistencia se expresó de diversas maneras. Era frecuente que los rarámuri concentrados en las misiones, las abandonaran en masa remontándose hacia las regiones más accidentadas donde permanecieron ignorados por los blancos durante generaciones.

La última rebelión indígena tuvo lugar a finales de septiembre de 1927 en la región de Choquita y Narárachic, cuando el líder José Jaris reclamó a las autoridades del gobierno del estado la salida de los mestizos. Ésa era la principal demanda. Después de varios meses de negociaciones los rebeldes entregaron las armas y durante muchos años Jaris fue el líder de los rarámuri, convirtiéndose más adelante en el primer diputado de la etnia tarahumara.

Las almas del universo rarámuri

Las creencias de los rarámuri sobre la presencia del alma son fascinantes, pero no solamente como pensamiento filosófico, sino porque está presente en su vida cotidiana. Muchas de sus costumbres, sus valoraciones son incomprensibles para los mestizos, principalmente por ignorancia. Para los rarámuri el alma es algo más concreto mientras que para nosotros es algo abstracto.

El antropólogo William L. Merrill, autor del libro *Almas rarámuris* (1992), sostiene que:

“el concepto del alma es fundamental en la visión del mundo rarámuri. Todas las explicaciones para sus acciones y sus estados – físico, mental y emocional – están apoyadas finalmente en sus teorías sobre la naturaleza y actividad de sus almas. Este concepto motiva muchas actividades que son centrales en la vida rarámuri, como son los rituales curativos y mortuorios”.

La mayoría de las ideas acerca de las almas que los rarámuri reciben de otros son transmitidas en la privacidad del hogar. La instrucción en el hogar sobre asuntos como el concepto de alma es informal, es algo que se integra como parte de la conducta normal en la vida cotidiana, y a menudo se lleva a cabo de modo indirecto por medio de relatos de mitos y sueños, el diagnóstico de enfermedades que afligen a los miembros de la familia o de la comunidad, o la discusión de las circunstancias que rodearon muertes recientes.

Cuando alguien se enferma, las causas del padecimiento se vuelven un tema de conversación dentro de la comunidad, la gente formula diagnósticos de la enfermedad y evalúan los sugeridos por otros. Los rarámuri creen que la condición de una persona en cualquier momento depende de la condición y la ubicación de sus almas. También se transmiten ideas acerca de las almas en forma implícita durante las actividades públicas, como los rituales curativos.

La palabra *iwigá* significa “alma”, o aliento y consideran que es lo mismo porque el acto de respirar indica la posesión de almas, pero no creen que todos los seres que tienen almas respiren, ni que el respirar es necesario para mantener la vida. Para ellos, las almas están inherentemente vivas y cada entidad que posee almas está viva en tanto sus almas estén presentes.

Hay discrepancia en cuanto al número de almas que cada persona tiene y la relación entre ellas. En algunas poblaciones se sostiene que cada individuo posee solamente un alma, idéntica en apariencia a la persona en cuyo cuerpo reside. Cuando el alma deja el cuerpo —por ejemplo, al soñar o mientras la persona bebe *tesgüino*—, sólo una porción del alma se va, mientras que la mayor parte permanece adentro cuidando el cuerpo. La muerte ocurre cuando toda el alma deja el cuerpo.

Mucho más extensa es la noción de que cada persona posee diferentes almas distribuidas en el interior del cuerpo. Cada una de éstas disfruta de cierta autonomía; diferentes almas pueden estar en distintos lugares al mismo tiempo y pueden experimentar diferentes destinos después de que abandonan el cuerpo al momento de la muerte. Dentro de

esta visión, las almas del cuerpo son de dos tipos: almas grandes y almas pequeñas.

La respuesta más común es que los hombres tienen tres almas grandes cada uno y las mujeres cuatro, ya que tres y cuatro son marcadores simbólicos para hombres y mujeres respectivamente.

Respecto al origen se dice que un día Dios y su hermano mayor, el Diablo, estaban sentados juntos hablando y decidieron ver quién podía crear seres humanos. Dios tomó barro puro mientras que el Diablo mezcló su barro con cenizas blancas y empezaron a formar algunas figurillas. Cuando los muñecos estuvieron listos, los quemaron para que endurecieran. Las figuras de Dios eran más oscuras que las del Diablo, eran los rarámuri, mientras que los del Diablo eran los chabochis.

Entonces decidieron ver quién podía dar vida a las figuras. Dios sopló su aliento en sus muñecos e inmediatamente tuvieron vida, pero el Diablo, a pesar de soplar, no tuvo éxito. Se volvió hacia Dios y le preguntó: “¿Cómo hiciste eso?”, de manera que Dios le enseñó al Diablo cómo darles almas a sus creaciones.

Una vez que los rarámuri y los chabochis estaban vivos, Dios y el Diablo organizaron una carrera a pie entre ellos. Ambos lados colocaron sus apuestas, que incluían dinero al igual que mercancías, y las acumularon en la línea de partida, que también marcaba la meta. La distancia de la carrera se estableció aproximadamente en diez kilómetros y los dos equipos de corredores partieron. A pesar de que la carrera estuvo peleada, los corredores chabochis llegaron antes al lugar de las apuestas, de manera que tomaron las ganancias y se fueron. Dios estaba bastante enojado con los

rarámuri porque perdieron. De ahí en adelante —les dijo— serían pobres, mientras que los chabochis serían ricos y mientras los chabochis podrían pagar sus trabajadores con dinero, los rarámuri tendrían solamente tesgüino para darle a la gente que los ayudara.

Todas las subsecuentes generaciones de rarámuri y de chabochis son descendientes de estos primeros seres humanos, el producto de su unión sexual.

Los rarámuri ven el cuerpo y las almas como una casa y sus habitantes. El cuerpo da a las almas abrigo y alguna protección contra los seres malignos, mientras que las almas viven dentro del cuerpo y cuidan de él como las personas cuidan de sus hogares. El grado en que cualquier alma en particular cumple su responsabilidad varía de acuerdo con su tamaño en relación a otras almas en el cuerpo: mientras más grande sea el alma, mayor es su contribución. Si el cuerpo es lastimado, el bienestar y la seguridad de las almas se pone en peligro y si las almas son negligentes o abandonan el cuerpo, la persona se enfermará y morirá igual que una casa se convierte en ruinas si sus residentes la abandonan.

Las almas mantienen el cuerpo caliente por dentro, mueven las diferentes partes, le dan fuerza y son las que piensan. Los rarámuri creen que la vitalidad y la fuerza de una persona reflejan directamente la fuerza de sus almas, pero cuando caracterizan a las almas como fuertes, con frecuencia se refieren a la fortaleza mental y emocional así como física.

Se dice que los oradores talentosos “hablan con fuerza”. Su estilo vigoroso refleja la fuerza de sus almas porque tanto el contenido del sermón como el aliento que

lo trasmite, viene de las almas grandes que viven dentro de su pecho; hablar con fuerza depende de la habilidad para pensar con fuerza y por lo tanto indica la fuerza de su alma. Los rarámuri son muy sensibles a cualquier expresión de tristeza. Interpretan el suspirar, por ejemplo, como un signo de que las almas están tristes o están abandonando el cuerpo, porque el suspirar involucra el rápido fluir de aliento, es decir las almas del cuerpo. Cuando una persona suspira, la gente pregunta inmediatamente: “¿Por qué estás triste?” y tratan de animar a la persona. Los rarámuri se dicen unos a otros que no deben estar tristes porque el estar triste puede tener serias e incluso fatales consecuencias. Una persona está triste porque sus almas están tristes. Si éstas se encuentran tristes, pueden ser dañadas o destruidas por seres malignos, porque en su tristeza carecen de la energía y voluntad para resistir ataques. Por otra parte, al ser infelices en su situación actual, las almas pueden escoger abandonar el cuerpo, algunas veces para reunirse con sus padres, Dios y su esposa, en el cielo, donde vivirán contentas.

Los rarámuri consideran bastante alta la probabilidad de que la incesante tristeza por la muerte de un ser querido, provoque también la muerte del doliente. Por lo tanto, constantemente tratan de evitar el ponerse tristes o convertir su tristeza en alegría resaltando el aspecto más ligero de las cosas; se divierten siempre que sea posible y haciendo frente a los hechos descorazonadores con humor y alegría.

El grado en que las almas de una persona son capaces de permanecer contentas frente a acontecimientos que entristecen y circunstancias desagradables, depende del grado de dureza que hayan alcanzado. Con la madurez

las almas se vuelven más resistentes y más duras. Los rarámuri dicen que los niños son muy susceptibles a la enfermedad porque sus almas no son duras o resistentes e invariablemente caracterizan a las personas viejas como duras y resistentes. El hecho de haber llegado a una edad avanzada es un testimonio irrefutable de la dureza y resistencia de sus almas.

Pensar, trabajar, curar y castigar

Además de dotar al cuerpo con calor, fuerza y movimiento, las almas son responsables por el poder de pensamiento de una persona. Los rarámuri dicen que las personas piensan en sus cabezas y en sus corazones porque ahí es donde están ubicadas sus almas grandes, pero también atribuyen un papel crucial en el pensar al cerebro. Si las personas no tienen cerebro, dicen, no pueden pensar, y si alguien parece enteramente incapaz de aprender o comprender algo, la gente pregunta, “¿Por qué no puedes pensar? ¿Tienes agua dentro de tu cabeza en vez de cerebro?”

El verbo español “pensar” encuentra su equivalente rarámuri más cercano en el verbo *natáma*. Los rarámuris utilizan *natáma* en dos sentidos, primero para denotar el pensamiento en general, entendido como la realización de operaciones mentales y, segundo para designar el pensamiento que permite y restringe a un individuo a actuar en concordancia con las convenciones de la conducta adecuada. En ambos casos, el comportamiento de las personas testimonia la cualidad de su pensamiento porque, desde la perspectiva rarámuri, la acción humana es una externalización directa del pensamiento.

Los rarámuri consideran que las acciones reflejas y los movimientos simples del cuerpo exigen poco o ningún pensamiento. Las almas pequeñas en el cuerpo controlan conductas básicas y también cuidan del cuerpo cuando las almas grandes están ausentes, pero una persona puede enfermar y morir si sus almas grandes se ausentan por mucho tiempo. Ninguna de las almas de los bebés y de los niños pequeños es más grande que las almas más pequeñas de un adulto. Son casi incapaces de coordinar sus movimientos; balbucean en vez de hablar y son totalmente dependientes de sus mayores en lo que respecta a protección y sustento. Al madurar los niños, “piensan un poco”, pero las personas subrayan que solamente piensan en sus padres, en jugar y comer. La limitada extensión de su pensamiento se considera comparable con la de los animales: se dice que el ganado piensa sólo en pastar, los coyotes solamente en robar, las nutrias sólo en comer pescado, etc.

Los rarámuri generalmente se basan para evaluar la capacidad de pensar de los adultos en dos factores: su acercamiento hacia el trabajo y su manera de relacionarse con otros seres del Universo. Se dice que las personas “piensan bien” o que son “buenos pensadores” si inician proyectos de trabajo solos y demuestran habilidad y buena voluntad para trabajar sin supervisión ni coerción. El trabajar y el pensar bien se interrelacionan uno con el otro al igual que la pereza y el pensar mal.

Llamar a alguien perezoso es uno de los insultos más serios que un rarámuri puede hacer. Las connotaciones negativas de la pereza se derivan en parte de la idea de que si las personas no están dispuestas a trabajar, robarán a

otros para poder sobrevivir. Esta relación entre la pereza y el robar es un tema constante en muchos relatos que narran hechos del lejano pasado, la mayoría de los cuales describen a rarámuri que se transformaron a sí mismos en animales silvestres para evitar el tener que trabajar para vivir, como en el siguiente ejemplo:

Hace mucho tiempo, cuando el mundo era nuevo, había un hombre que era muy perezoso. Un día la gente lo regañó por no plantar su maíz de manera que tomó un palo para sembrar y bajó a su campo, pero no tenía ganas de trabajar. En vez de esto decidió ir a sentarse junto al arroyo y descansar un rato. Ahí empezó a pensar: "Estoy cansado de tener que trabajar tan duro por mi comida. Creo que seré un cuervo y entonces puedo robar toda la comida que necesito". De manera que se bañó en el arroyo y se volvió un cuervo, su palo de sembrar se convirtió en su largo pico. Entonces voló a las montañas donde los cuervos viven actualmente, regresando a su antiguo hogar solamente cuando necesitaba robar comida a la gente.

La habilidad para pensar también se refleja en la manera en que una persona actúa hacia otras personas. Se caracteriza a las personas como buenos pensadores si son fieles a sus cónyuges, dispuestos a compartir su comida y fuerza de trabajo, responsables en el cumplimiento de los deberes con la familia y la comunidad y no caen fácilmente en la ira o la violencia. Sus acciones para con sus deidades también son importantes. Por ejemplo, todos los rarámuri deben

patrocinar tantas fiestas para Dios como les sea posible porque durante esas fiestas devuelven a Dios la comida que él les ha proporcionado y de la cual se dice que él es, en última instancia, el dueño. Si las personas que tienen muchos animales domésticos rara vez los sacrifican a Dios, los rarámuri dicen que no piensan bien. Probablemente Dios se enojará con ellos por atesorar y él mismo matará a los animales o hará que enfermen los dueños o los miembros de sus familias.

Los rarámuri consideran que los mejores pensadores de la comunidad son aquellos que sin importar la edad, pueden curar a otros. Para ser doctor, una persona debe poseer el conocimiento y ser capaz de soñar bien. Dios les da permiso a los doctores para curar y les proporciona el conocimiento especial del que derivan sus habilidades curativas.

Los rarámuri no son ambivalentes en cuanto a juzgar a aquellos que violan las normas de conducta social apropiada. Esas personas son, sin lugar a dudas, locas, porque sus almas están locas, una condición generalmente atribuible a su incapacidad para recibir e incorporar consejos apropiados a lo largo de su proceso de maduración, a pesar de que algunas veces se dice que las personas están locas porque se emborracharon antes de haber sido capaces de pensar bien. Los niños pueden beber tesgüino en cantidades suficientes para embriagarse, sin embargo, solamente si reciben primero el permiso de sus padres u otros parientes mayores. Si estos parientes permiten a los niños beber antes de que puedan pensar bien, muestran su propia incapacidad para pensar bien. Como resultado,

quizás no puedan dar a sus hijos los consejos que necesitan para evitar que sus almas se desarrollen como locas.

El avergonzar a alguien adquiere la forma de regaño. Algunas veces las personas son regañadas a sus espaldas, utilizando el “chisme” que se comunica en privado, pero siempre llega a los sujetos. Las personas también regañan a otros directamente en reuniones públicas, en particular durante las *tesgüinadas*, si la persona los ha desairado o de alguna otra manera ha actuado impropiamente.

La religiosidad

La religiosidad permea todos los ámbitos de la vida rarámuri; en ella descansan los principios, las normas y los valores de los individuos respecto a la colectividad de pertenencia, así como a las relaciones con los no rarámuri, llamados “no gente”, *chabochi*.

Se dice que Dios dio vida a los rarámuri al dotarlos de varias almas, en tanto que su hermano mayor, el Diablo, creó a los mestizos, otorgándoles sólo un alma –de ahí la fortaleza del rarámuri frente al mestizo. Cuando un rarámuri muere, sus almas se convierten en *semuchí* (colibrí) y emprenden el camino hacia el cielo.

Consideran que las almas, una vez que abandonan el cuerpo, encuentran tres caminos posibles a seguir, y un especialista en el cuidado de las almas, convertido en águila, les indica por dónde ir, y las protege del acecho de ciertos seres llamados “ayudantes del Diablo” que tratan de robarlas para subir al cielo por medio de ellas y pelear con Dios. Para llegar al lugar del tercer nivel “allá arriba”, las mujeres caminan cuatro días, mientras que los hombres, por

ser más ligeros, viajan sólo tres. Por su parte, los chabóchi al morir irán a vivir a un sitio tres veces “allá abajo” – *mí raré* – de la tierra, con su padre el Diablo, mismo que los espera a la entrada con un papel en la mano.

Se dice que los ayudantes del Diablo se encuentran al acecho de las almas de los rarámuri y aprovechan para robarlas mientras estos duermen o cuando se encuentran borrachos. Si alguna de las almas es robada por los ayudantes del Diablo, los ayudantes de Dios en la tierra la rescatan y la reintegran al cuerpo del individuo, pues de no ser así, la persona se debilitará y el resto de las almas abandonará el cuerpo.

El niño rarámuri que extravió su alma.

Genaro, el niño rarámuri, tenía cuatro años, su padre se llamaba Julián, su madre María y la hermanita menor, que había cumplido el año, se llamaba Marcela. También formaba parte de la familia Mauricio, el papá de Julián, que no sabía bien su edad, pero andaba cerca de los cien, porque recordaba cuando su mamá le decía que había nacido poco después de que su papá se había ido a la guerra de la revolución con el jefe Casavantes y el general Pascual Orozco.

A pesar de la edad, Mauricio, como casi todos los rarámuri, caminaba con agilidad, no padecía de dolores, era delgado, de piel muy quemada y cuando andaba por los pueblos se admiraban los mestizos de que sus piernas eran nerviudas y podía caminar varios kilómetros por el bosque, de noche o de día. Desde niño había aprendido a trabajar en todo: sabía cuál era el maíz que rendía mejor, cuándo

se tenía que sembrar y cómo cuidar la cosecha; ordeñaba las chivas para hacer el queso y la cuajada. Tenía las herramientas para hacer un violín y sabía tocar las pascolas antiguas. Mucha gente lo tenía por sabio. Se decía que era de alma mucho más grande porque conocía secretos y relatos de antes; hablaba muy bien cuando se acercaban otros rarámuri a pedirle consejos. También lo buscaban para que curara el mal de ojo, el empacho; muchas enfermedades de la gente y hasta de los animales. Conocía las hierbas para curar como el chuchupate, matarique, copalquim, la hierba de la víbora, etc.

Julián era un padre tranquilo y muy responsable, desde niño había aprendido que una de las cosas que más se aprecia entre los rarámuri es el trabajo y que a los flojos y borrachos nadie los quiere porque se les considera de alma muy débil. Era uno de los mejores corredores de toda la región, pero no le gustaba mucho la competencia y solo en ocasiones muy especiales llegó a correr por apuestas. También era muy bueno para la danza y cuando era más joven había ido hasta Chihuahua a danzar con los rarámuri de otros pueblos en la plaza. Antes de vivir con María, Julián se había juntado con Juana, hija de un rarámuri viudo y muy pobre que vivía en una de las rancherías más descuidada de Bocoyna, vivieron juntos unos años, pero por más remedios y consejos que Mauricio les daba no hubo críos. La verdad es que ella tenía muy pocos deseos de tener hijos y no le tenía el gusto a cumplir con las tareas de la casa hasta que un día se fue con una amiga a la frontera y ya no se supo de ella.

Pasaron algunos años hasta que el viejo Mauricio le buscó compañera porque lo miraba triste, desganado y tenía

miedo de que se le fuera a enfermar del alma. Aprovechando los recorridos que hacía por otras rancherías buscó mujer para su hijo y un día conoció a la familia de María, que le dio buena espina, y no tuvo ninguna dificultad para hacer el trato a pesar de que Julián ya no era muy bien visto por haber sido abandonado. Cuando Julián se juntó con María tenía más de treinta años, ella había cumplido los veinte.

María no era bonita en comparación con Juana, pero en cambio era muy hábil en todas las actividades que distinguían a la buena mujer, además cuando apenas habían cumplido un año de vivir juntos, llegó el niño Genaro, que fue recibido con alegría especialmente por el abuelo Mauricio. Tres años después llegó Marcela y la familia quedó completa. María era muy trabajadora, ayudaba en todo, siempre estaba con sus niños y cuando tenía que andar haciendo cosas afuera de la casa se enredaba a Marcela en la espalda y Genaro la seguía, pegado a su falda. Ella les estaba hablando todo el tiempo, su voz llegaba a los niños como si fuera una canción, no importaba que no entendieran lo que les hablaba. Cuando pasaban por un río ella no dejaba de hablarles con las palabras más dulces, porque se sabía de siempre que a las aguas del río les gustaba robarse las almas de los niños, porque estaban muy tiernas y no sabían cuidarse.

Julián había recuperado su dignidad como jefe de la casa, se había concentrado con mucha dedicación en el trabajo; el abandono de Juana había quedado en el olvido. Un día cuando se anunció “La Feria de los Hongos” en San Juanito, quiso llevar a María y a los niños, que nunca habían salido de su casa. El domingo muy temprano se despidió

de Mauricio, su padre, que iba a salir al monte a recolectar hierbas y regresaría hasta el lunes. Julián tomó de la mano a Genaro, por su parte María se enredó a Marcela sobre la espalda y empezaron a caminar rumbo al poblado donde salía la troca que llevaría a la gente hasta San Juanito.

La feria fue más grande de lo que pensaba Julián, vieron mucha gente, muchos rarámuri, y “gentes de razón”. Muchas ventas y juegos. El tiempo pasó como un vientecillo y en la tarde se regresaron en la misma troca que los había llevado.

En todo el camino de regreso la pasó el Genaro dormido. Julián y María no le dieron importancia, pensando que se había cansado por todo lo que habían caminado y por las emociones que, por primera vez, había vivido en la feria. Cuando llegaron a su casa ya estaba oscureciendo, Genaro seguía dormido y entonces empezaron a preocuparse porque María le tocó la frente y sintió que su cuerpecito estaba muy frío y de pronto le salían unos quejidos muy extraños. María intentó despertarlo en varias ocasiones para preguntarle qué le dolía, pero el niño no tenía fuerzas ni para abrir los ojos.

A media noche fue corriendo Julián hasta Panalachi, el pueblo más cercano, donde vivía una enfermera, le contó lo que le pasaba al niño y ella le dio unas pastillas que no sirvieron de nada. En la mañana muy temprano llegó Mauricio, vio al niño muy malo y después de revisarlo con todo cuidado le pidió a Julián que le platicara desde el principio todo lo que habían hecho en San Juanito.

Muy serio, como ellos acostumbran sus pláticas, Julián le contó a su padre:

— Cuando llegamos nos apeamos junto a la iglesia y nos fuimos a donde muchos rarámuri estaban juntados, unos sentados y casi todos parados. Desde allí estuve viendo los puestos en la calle principal y más allá los juegos. Después de un rato nos fuimos a caminar por los puestos donde había muchos hongos y otras comidas. Le compré a Genaro y a Marcela un cubierto de calabaza. Caminamos hasta donde estaban los juegos, Genaro miraba mucho cómo daban vueltas y vueltas los caballitos que subían y bajaban, estaba deslumbrado. Entonces cuando se detuvo el juego lo levanté y lo senté en un caballito blanco y me paré junto a él para detenerlo a la hora que empezara a moverse. Al principio como que quiso apearse, pero como yo iba junto a él, ya se sintió seguro y muy contento, le gritaba a su mamá y a Marcela cada vez que pasaba por donde ellas estaban. Después caminamos entre toda la gente. Vimos a un señor que andaba vendiendo unos algodones de dulce de colores, Genaro escogió uno amarillo sin saber qué era. Yo empecé a mochar pedazos de algodón y se los ponía en la boca, luego ellos solos le mochaban trozos y se reían mucho cuando se metían. También les compré unos elotes bien grandotes y nos sentamos en unas yerbitas de la plaza, muy cerca de donde tenía que llegar la troca para regresarnos. Genaro jugó mucho con Marcela, los dos estaban muy contentos.

No me di cuenta cuando llegó la troca hasta que ya casi se había llenado. Salimos corriendo luego luego y nos subimos. Al rato se durmió Genaro y ya no despertó en todo el camino, ni cuando llegamos a la casa, ni en toda la noche.

Después de escuchar lo que le contó su hijo, Mauricio se quedó pensando y pensando mientras le hacía cariños al

niño en los cachetes y le tocaba los hombros y la panza. Julián y María esperaban en silencio lo que les iba a decir porque estaban seguros de que él sabía lo que estaba sucediendo. Entonces el viejo Mauricio le preguntó a su hijo:

—¿Cuándo se levantaron de la plaza y salieron corriendo, le hablaron antes al alma de Genaro y le dijeron que ya se tenían que ir?

Julián respondió:

—No, porque nos levantamos apurados, pos ya nos iba a dejar la troca.

Mauricio les dijo entonces:

—Eso fue lo que pasó, el alma no se dio cuenta que se iban porque estaba muy a gusto y se quedó allí. Tenemos que volver al mismo lugar para llevar al niño y para hablarle a su alma y decirle que ya se tiene que regresar.

Así lo hicieron, Mauricio los acompañó y cuando llegaron al lugar donde habían estado, él mismo se encargó de hablarle muy claro al alma del niño, le explicó con palabras bonitas que ya se había terminado la fiesta y él supo cuando ya era tiempo. Todos juntos se regresaron al rancho.

En la noche Genaro durmió muy bien, Julián y María se quedaron a su lado, mirando su carita y los gestos que hacía en el sueño. Estaban muy contentos con el abuelo, platicaron mucho rato los tres y tomaron yerbanís hasta que también les llegó el sueño.

Al día siguiente, muy temprano, desde que empezó a clarear, Genaro se levantó y no dejó de platicarle al abuelo todo lo que había visto en San Juanito, de cuánto le había gustado la feria y especialmente le contó de los algodones de dulce que se hacían agua en la boca. Estaba

muy contento y con mucho apetito para comerse todos los frijoles y muchas tortillas que le había hecho su mamá.

Nota. Para informarse más sobre el pensamiento rarámuri y de sus creencias sobre las almas, se recomienda consultar el libro de William L. Merrill, *Las almas rarámuris* (1992) y la Antología *Identidad y cultura en la Sierra Tarahumara* (2001), coordinada por Claudia Molinari y Eugeni Porras, particularmente el ensayo de la antropóloga Margot Quezada, *El pensamiento rarámuri sobre ellos mismos*.

LOS DONES DE LOS TRES REYES

GISBERT HAEFS

Traducción: Carlos Fortea

A parte de la nieve, era un día de invierno normal: frío y soleado. A la sombra del templo, del palacio real y de otros edificios altos, la fina capa blanca todavía se mantendría un poco; entre los puestos y los cobertizos, hacía mucho que las diez mil pisadas, la muchedumbre y el vivo regateo lo habían fundido todo.

Como después de una fuerte lluvia, el aire parecía más claro, como si la nieve reforzara rumores, olores y miradas. Daniel vio a un joven de barba negra salir del templo y volverse con la mano extendida. Al borde de la plaza, alguien se calentaba quemando un pinito seco; el humo resinoso formaba ondulantes meandros en el aire.

Cuando Daniel llegó a la tienda de su padre — paredes de madera, techo de madera, una lona sobre la entrada —, Saúl le indicó que vaciara la cesta que el día anterior había

comprado barata a un herrero. Contenía clavos usados; Daniel debía ordenarlos por tamaños y enderezarlos con un martillo.

De repente sintió el frío que hacía cuando uno no se movía. Durante unas pocas y nebulosas respiraciones, se metió las manos bajo las axilas; luego, se inclinó para desatarse los cordones de las sandalias y masajearse los pies. Su madre le había aconsejado envolverlos en trapos, pero si uno quiere ser hombre tiene que sufrir.

Alzó la vista hacia su padre, que esparcía algo sobre el brasero de bronce. Daniel se preguntó si haría tanto frío a menudo y si el brasero de carbón calentaba menos o apestaba más. Algo en esa consideración le pareció carente de salida y le molestó; pero luego vio a la mujer y olvidó todo lo demás.

Se detuvo debajo de la lona, sonrió y señaló hacia la tienda con la cabeza: Daniel tragó saliva. Bajo el cálido paño escapaban cabellos: ascuas del tejido de la noche: los labios, casi abultados, se abombaban un poco. “¿Quién eres tú, que miras como la aurora, pensó, hermosa como la luna llena, pura como el sol, terrible como un ejército? Las curvas de tus caderas son como gargantillas hechas por manos de artistas, tu cuello es como una torre de marfil, tus ojos...”.

Pero los ojos no lo miraban a él: acariciaban al niño que ella llevaba sujeto con el brazo izquierdo. La muchacha más hermosa que Daniel había visto nunca era una mujer, pero apenas mayor que él, entre catorce y quince años.

Probablemente había sonreído a su marido, y el movimiento de cabeza hacia la tienda parecía haber sido una invitación. Era el joven barbado que Daniel había visto

venir del templo: cuando tocó el hombro de ella antes de entrar en la tienda. Daniel le odió.

Sabía que era ridículo; y cuando de pronto se sintió observado por la mujer se le agolpó la sangre en la cabeza. Pero la tierra no quiso tragárselo. Le zumbaban los oídos de manera que no comprendió las palabras que Saúl y el forastero intercambiaron. Se inclinó sobre los clavos y los ordenó. De vez en cuando, alzaba la vista hacia la pareja, luego — a escondidas — hacia la mujer, que mecía al niño y parecía canturrear en voz baja.

Al parecer, los hombres ya habían dejado atrás los discursos iniciales. El forastero vestía un mísero manto de lana con hinchados bolsillos pegados. Sus manos — callosas — manos de artesano, cuyo contacto tenía que ofender a aquella princesa, palpaban las juntas de una mesita de madera negra. Saúl dijo algo acerca del trabajo que no hablaba del arte de quien lo había hecho, sino más bien bramaba, por así decirlo.

El forastero se metió un dedo en la oreja.

— A veces estoy sordo — dijo con una sonrisita — pero tienes cosas bellas, señor de los tesoros. Objetos que faltan en una casa joven.

— ¿Has presentado a tu primogénito en el templo? Bien hecho, amigo; en tiempos sombríos es bueno acordarse de la tradición.

Otra vez una sonrisita, y un poco de burla en la voz cuando el forastero dijo:

— El uno hace circuncidar a su hijo, el otro que tiene varios los estrangula. ¿Te refieres a eso?

Daniel se estremeció involuntariamente y miró hacia fuera, pero allí estaba solo — ¿solo? — la mujer, y nada rey

de esbirros del odiado rey que había hecho matar a dos de sus hijos por una supuesta conspiración.

Saúl alzó las manos.

—El rey — ¡que el poder le guarde aún muchos años!

—Tiene largas orejas — se inclinó hacia delante y añadió en voz baja — : como un asno. Y sólo podrá sentirse seguro cuando haya matado a todos los hijos de todos los judíos. Dicen que Augusto dijo que en el reino de Herodes preferiría ser cerdo que hijo.

—No hablemos de bestias. Ésa mesa — dijo el hombre — , ¿cuánto podría valer? Daniel había enderezado los más pequeños, los reunió y los metió en un cestito al efecto. Luego puso manos a la obra a los más grandes y con el ruido del martillo dejó de oír los progresos del regateo. Una y otra vez, levantaba la vista y miraba hacia la incomparable que mecía a su hijo, el hijo de ese... hombre.

Un clavo pesado, largo como la palma de una mano, tenía una hendidura con forma de serpiente en la cabeza, otro estaba dentado como la letra *ghiml*, advertir tan atractivas irregularidades aliviaba el trabajo a Daniel. Cuando alzó la vista hacia la mujer, golpeó en el pulgar izquierdo. Gimió levemente y se lo metió en la boca.

—Muy bien — estaba diciendo su padre. —Caro, pero barato comparado con su verdadero valor.

—La mesa, la jarra de plata y el molinillo — el hombre suspiró. — También tú fuiste un joven padre, y sabes lo que es tener que alimentar mujer e hijo y que los recaudadores de impuestos del rey se hayan llevado todo lo que te quedó después de pagar al templo.

— ¡Ah!, — Saúl compuso un rostro entristecido; su voz se hizo lacrimosa. — Conozco eso, y cuánto. Entonces,

¿no tienes ninguna moneda? ¿Dracmas? ¿Denarios?
¿Tetradracma con los signos del gran Antíoco?

— El último de ellos se quedó en el templo.

— ¿Y cómo piensas pagar?

El forastero sacó un saquito de cuero del bolsillo cosido.

— Quería vender esto a un mercader de ungüentos o de especias, pero quizá, pensé, ese Saúl, cuya fama acarician cariñosas todas las lenguas, ofrezca un precio mejor. Entre padres de familia, por así decirlo.

— Déjame ver. — Saúl vertió del saquito unos granos claros y angulosos sobre la palma de su mano. Algunos eran grandes como guisantes, otros parecían nueces.

— Aceitoso — dijo Saúl. — Eso está bien. ¿Sambraceno? ¡Ah!, no, más bien mirra eritrea, ¿verdad?

— Me ves entregado ignorante a tu honradez — el forastero tosió. — Una especie de resina, ¿no? He visto granos así en un puesto más allá. A dieciséis denarios la mina, creo. Saúl frunció el ceño.

— Puede ser pero aquél al que ofreces mirra quiere hacer beneficio, y no te dará lo que pedirá después. Como mucho ocho denarios la mina. Dinero romano... ¿quieres monedas paganas?

— No quiero dinero, veamos cuánto puedo acercarme al precio de la mesa, la jarra y el molinillo. Pero haz un montoncito de dinero romano; nunca he visto más de dos denarios juntos.

Saúl asintió; rompió uno de los granos, lo olfateó, tocó la parte quebrada con la lengua.

— Astilla clara y un poco amarga. Es realmente mirra eritrea.

Sacó la balanza de abajo de la mesa. Daniel reprimió una sonrisa al ver cómo la mano del padre se movía hacia la izquierda, luego hacia la derecha, y cogía los pesos que no estaban cargados. Como si el forastero fuera un viejo amigo.

— Media mina — dijo al fin Saúl — o un poco menos. ¿Cuatro denarios? — sacó cuatro monedas de plata del cinturón y las amontonó junto a la balanza.

— ¿Y esto? El forastero sacó un segundo saco — Incienso, pero... pon otro denario en el montón, sólo para darle alegría a mis ojos.

Saúl resopló pero atendió su deseo. Daniel se sacó el pulgar de la boca y siguió dando martillazos. Una y otra vez, alzaba la mirada hacia la mujer, que acunaba a su hijo sonriente. De los girones de conversación que oía a los hombres, dedujo que Saúl ponía en el montón no un denario, sino denario y medio, por la media mina de incienso

Una tercera bolsa. Cuando Saúl dijo “¡Oro!”, sonó como un gemido. Levantó la vista de los granos que tenía en la palma de la mano. Daniel vio la desconfianza en el rostro de su padre. Pero, antes de que el mercader pudiera decir nada, el forastero se volvió a medias:

— Hace frío fuera — dijo. — Señor de la generosidad, custodio de las cosas bellas, ¿les permites entrar? Tampoco después del parto... ocho días...

— ¿Cómo podría oponerme? Pero sin duda no tendrás nada en contra de la prueba del agua, ¿no?

— No sé lo que es pero confío en ti.

Daniel no miró cómo su padre llenó un cuenco de agua, lo ponía en uno de los platillos de la balanza y lo

pesaba. Iba a dejar caer el oro en él y pesar el agua que desbordara.

Daniel no conocía la proporción entre las cifras pero sabía que así se podía comprobar la autenticidad del oro.

Y sabía muy bien que ahora la incomparable entraría en la tienda, que vería todo lo posible de ella y que su corazón batiría como el martillo.

Entró cuando el hombre le hizo señas de que lo hiciera. Su paso era fuego caminante, el encanto de una gacela que se desplaza sin agobios por una pradera... una pradera cuyas flores sería de oro y sus hierbas serían lenguas de plata para ensalzarla... Tragó sin hacer ruido al pensar en el áspero reproche que tales "harapos de poeta" despertarían en la afilada lengua de su madre, que apreciaba más los trapos para envolver los pies.

El niño se había despertado y gemía. Tal vez el pequeño tenía hambre; pero la febril esperanza de Daniel no se hizo realidad... la mujer no dio de mamar al niño, se limitó a acunarlo suavemente mientras zureaba. Un sonido por cuya repetición, de haber ido destinado a él, Daniel hubiera estado dispuesto a matar.

—El peso de doce denarios —dijo Saúl. —Oro en plata... ¿digamos setenta denarios? Bueno, por ser tú: setenta y dos.

La mujer dejó de zurear y alzó la cabeza:

—¿No vale una parte de oro trece partes de plata?

— Oh, esa voz...

—Ahora sólo doce, noble madre de un espléndido hijo. Pero también ocurre que quiero ganar algo, y que los esbirros del rey... —¿que el poder le sea propicio!— ven el oro sin acuñar con desconfianza, y el acuñado con codicia.

Quien en Jerusalén quiere cambiar oro, incienso y mirra tiene que responder muchas preguntas... de dónde ha salido todo, por ejemplo. Por no hablar de los impuestos.

—Nos lo dieron tres hombres errantes, babilonios conocedores de los astros —dijo el forastero. —Ellos...

Saúl le interrumpió:

¿Babilonios errantes? ¿Estaban en camino a causa de la estrella luminosa? Daniel se acordó de los rumores que había oído en el mercado: se suponía que para Herodes la estrella era un signo de la conspiración de los hijos; un gracioso había dicho que las dos estrellas que brillaban pajeramente como si fueran una sola se llamaban entre los babilonios Nemrod y Kusch, entre los griegos Zeus y Cronos, en Roma Júpiter y Saturno, y que como no había nombre, judío para ellas apenas eran cosa de un tirano judío, esperaban, que la estrella los llevara hasta el hijo de un príncipe. Pero cuando volvió a separarse en dos partes hace ocho días ellos estaban, disfrutando de la hospitalidad de mi tienda, y pocas horas antes de su llegada había nacido Jehoschua. Nuestro hijo. Así que nos lo dieron. No hay ningún príncipe, dijeron, y la estrella se separa, así que tomadlo como agradecimiento por la hospitalidad.

Saúl alzó las manos:

—No quiero saberlo, amigo... sólo diga que otros querrían saberlo. Y probablemente no lo creerían. Setenta y dos —completó el montón, que empezaba a vacilar. El forastero asintió:

—Una espléndida visión.

Saúl cruzó los brazos:

—Setenta y ocho y medio. La mesa, la jarra y el molinillo te los dejo por... ¿cuarenta?

– Antes de que empecemos a regatear... permite que sopesen todo este dinero en mis manos, que me complazca en él – el hombre destruyó el montón, al tomar en sus manos como en un cuenco todas las monedas.

– Bien, ¿verdad? – Saúl sonrió.

– También – dijo el forastero, sonriendo a su vez – que pensándolo otra vez renunció a la mesa, la jarra y el molinillo. Te doy las gracias, señor, y te deseo quietud del alma y salud del cuerpo.

– Pero... – dijo Saúl.

Luego cerró la boca, porque el hombre y la mujer se habían dado la vuelta con rapidez y habían abandonado la tienda.

Daniel dejó a un lado el martillo y corrió fuera. Vio que el hombre dejaba resbalar las monedas en los bolsillos del manto y pasaba el brazo por las caderas de la mujer, y oyó la voz zureante que decía, con una risita:

– Bien hecho, ¡oh!, goce de mis caderas. ¿Qué pide el viejo Nahum por su taller?

Cuando regresó a la tienda, vio al padre, sonriente, calentarse los dedos en el brasero.

– Tú... ¡no estás enfadado!

Saúl cerró los ojos y chasqueó la lengua:

– No es frecuente que alguien me supere en este juego, en el que he alcanzado cierta maestría. Hay que disfrutarlo. Además – abrió los ojos –, he ganado algo. No mucho, pero... ¿Has escuchado y aprendido, hijo?

– ¿Qué quieres decir?

Saúl miró los dedos que curvaba y estiraba sobre las ascuas:

—Sus manos, y cómo acariciaba la madera de la mesa negra... es un artesano de la madera, carpintero, quizá ebanista. Su lengua... viene de Galilea. Cafarnaúm probablemente. Es joven, ha aprendido, pero no tiene un taller propio con el que poder alimentar a su esposa e hijo.

—No podría abandonarlo tanto tiempo.

—Quizá está esperando la muerte de su padre para hacerse cargo de su taller. Y —Saúl rió entre dientes— ¿qué lleva a una pareja a no tener su primer hijo en casa, sino en una tienda de campaña? ¿En el camino?

Daniel alzó las cejas:

—No lo sé.

—Ella es muy joven. Y muy hermosa, ¿verdad?

—Mmmm —lo que estaba pensado como confirmación se convirtió en un gemido. Saúl guiñó un ojo:

—¿Eh? Bueno. Muy joven, muy hermosa, y él un buen hombre, fuerte, astuto, seguramente no quisieron esperar, y para que sus parientes y vecinos no se dieran cuenta de que el niño venía demasiado pronto, se pusieron en camino. Acércate, hijito.

Confundido, Daniel obedeció.

—Para que no te olvides de observar —de escuchar, de mirar con atención— y para que te acuerdes del día en que tu padre fue superado en un regateo —retrocedió y dio una sonora bofetada a Daniel.

Sin embargo, el inusual castigo no fue la razón por la que Daniel no olvidó aquel día el día, que puso fin a su vida anterior. Así se lo parecía al mirar hacia atrás. Saúl enfermo, se le desarrollaron dolorosas úlceras por todo el cuerpo, sobre todo en la lengua y las manos. Murió menos de medio año después, y su madre, en apariencia insensible

y de lengua siempre afilada, murió silenciosamente de pena en pocos meses.

Los cuatro hijos —el mayor trabajaba en la administración real; el segundo mercader, vivía en Antioquía, el tercero era sacerdote y erudito— deliberaron sobre lo que había que hacer. Daniel oscilaba entre dos posibilidades: hacerse cargo de la tienda o entrar al servicio del rey o del templo. El tercer hermano le allanó el camino— tres años después de la muerte de su padre, Daniel se convirtió en escribano auxiliar, luego en escribano, y por último en custodio de la administración del tesoro del templo. El cabello de la mujer que le dio cinco hijos albergaba en sí a partes iguales el tejido de la noche y el incendio del crepúsculo; sus labios eran para él encantadoras dunas.

No hubiera podido decir por qué no quería tocar determinados objetos; quizá fuera respeto a tomar en sus manos lo que tuviera que ver con aquella incomparable. Quizá también temor a tocar lo que había vencido a su padre.

Cuando la enfermedad acababa de empezar, el propio Saúl vendió el saco de mirra a un mercader de especias ático por ocho denarios, que cambió por dos tetradracmas. Conservó ese dinero del templo —que hacía mucho que ya no era moneda de cambio— en una bolsa de cuero marcada con una cruz roja. Había habido siete monedas, ahora eran nueve. El carguero del ateniense fue a parar a una tempestad a la altura de Creta y se hundió.

El incienso lo compró por dos denarios y medio un mercader que hizo una ofrenda en Biblos a un dios fenicio; más tarde se supo que un golpe de viento había avivado el fuego de un sacrificio en Biblos de tal modo que el altar se

quemó junto con los oferentes. Saúl murmuró algo para sus adentros, añadió un denario y medio a los dos y medio y metió otra tetradracma en la bolsa.

El oro aún se encontraba en la tienda cuando Saúl murió y Daniel lo vendió todo por encargo de sus hermanos. Para escapar a las preguntas y a los dedos de los recaudadores de impuestos, dio los granos de oro a un fundidor de la tierra de nadie junto al Mar Muerto, que probablemente los mezclaría con plomo o hierro y acuñaría una cantidad desmesurada de aquellas monedas que los romanos llamaban áureos. Todo tenía que hacerse secretamente y al amanecer; el hombre no pagó más que setenta y cinco denarios. Cuando estos aún estaban sobre la mesa —Daniel no había podido decidirse a tocarlos—, llegó un joven que quería emigrar a Éfeso y, a hora tan temprana, no encontraba ningún cambista para las monedas del templo, que en adelante iban a resultarle inútiles; Daniel añadió cinco denarios a los setenta y cinco y pidió al hombre que metiera los veinte tetradracmas en la bolsa con la señal roja. No mucho después oyó hablar de un terremoto que había provocado muchas víctimas en el barrio judío de Éfeso; una patrulla que había salido a atrapar contrabandistas y monederos falsos en tierra de nadie regresó con cestos llenos de cabezas cortadas.

Cuando se trasladó con sus pertenencias a un barrio próximo al templo, Daniel tuvo cuidado de no tocar la bolsa marcada en rojo. El escriba del tesoro del templo, que contó los tetradracmas y los cambió (con un pequeño descuento) por denarios, fue atropellado aquella tarde por un carromato que le aplastó el pecho.

Años después — poco después de su cuadragésimo noveno aniversario, y tres días antes de la Pascua —, vio por la mañana en la ciudad una mujer cuyos cabellos le recordaron ascuas del tejido de la noche, pero pasó muy deprisa, y no estaba seguro de si tan sólo se lo había imaginado todo; incluso los lejanos recuerdos. Dos calles más allá se topó con una tropa de guerreros romanos; en el carro de las herramientas junto a que caminaba un oficial, creyó ver entre un montón de clavos aquél que tenía la raya en forma de serpiente.

Por la tarde, un ayudante del sumo sacerdote Caifás fue a ver a los guardianes de tesoro. Estuvo mirando cajas, arcones y estantes, indeciso, y se volvió hacia Daniel:

— Dime, ¿cuánto cuesta un esclavo?

Daniel extendió los brazos:

— Depende. ¿Joven, viejo, fuerte, hombre, mujer?

El sacerdote hizo una mueca:

— ¡Bah!, tenemos que comprar un hombre a alguien. En cierto modo. Es la contraprestación por un falso testimonio que probablemente ni siquiera será utilizado. Es probable que los romanos se encarguen de todo; pero hay que ir a lo seguro.

— Cierto que sí. ¿Qué clase de hombre?

— Mediada la treintena, no precisamente fuerte.

Daniel reflexionó.

— No es una buena mercancía — dijo. — Dos minas... como mucho.

— Muy bien, dos minas.

Daniel hizo que un ayudante extendiera el recibo, que el sacerdote firmó.

— ¿Denarios, o dinero del templo?

El ayudante de Caifás se rascó la barba.

– ¡Bah!, que se ocupe él mismo de eso. Dame dinero del templo.

– Dos minas. Treinta tetradracmas – titubeó, luego, dijo al ayudante – : Ahí arriba, en el tercer estante, hay una bolsa con una marca roja. Cuéntalas, pero creo que en ella hay exactamente treinta piezas de plata.

DANTE LIANO

Licenciado en Literatura por la Universidad San Carlos de Guatemala en 1973, se doctoró en la Universidad de Florencia en 1977. Desde 1980 reside en Milán y es profesor de Literatura Hispanoamericana en su universidad. Autor de novelas, cuentos y ensayos, sus obras se desarrollan en su país natal en general, con un lenguaje coloquial y lírico, lleno de expresiones autóctonas, y analizando hechos cotidianos. Ha obtenido el premio Miguel Ángel Asturias, entre otros.

ROGELIO GUEDEA

Es licenciado en Derecho por la Universidad de Colima y doctor en Letras por la Universidad de Córdoba (España). Colaborador asiduo de varios periódicos mexicanos, vive en la actualidad en Nueva Zelanda, siendo profesor en la Universidad de Otago. Ha recibido numerosos premios, destacando el Adonais de Poesía en el año 2008. Es autor de novela, relatos cortos, ensayos y especialmente de poesía, en la que se caracteriza por hacer convivir lo cotidiano con el más elevado lirismo.

JOSÉ CARLOS SOMOZA

Autor español nacido en Cuba. Cuando tenía un año de edad, su familia se exilió a España por motivos políticos. Somoza se licenció en Medicina, especializándose en Psiquiatría en la Universidad de Córdoba, abandonando pronto la profesión para dedicarse a la escritura. Publicó por primera vez en 1994. Ha obtenido el Premio **La Sonrisa Vertical** en 1996, el Premio **Café Gijón** de novela en 1998, el **Fernando Lara** de 2001, y **Ciudad de Torrevieja** en 2007, entre otros. Somoza ha practicado varios géneros, con especial atención al erotismo, la literatura fantástica, el terror o el misterio, aunque en su estilo es habitual la mezcla entre ellos.

IMANOL CANEYADA

Narrador y periodista de origen vasco pero sonorense por decisión. Nacido en San Sebastián en 1968, radica desde hace 28 años en México. Ha publicado los libros de cuentos *La nariz roja de Stalin* (ganador del Premio Nacional de Cuento Efrén Hernández 2011), *La ciudad antes del alba* (ganador del Premio Regional de Cuento Ciudad La Paz 2009), *Los confines de la arena e historias de la gay ciencia ficción*; y las novelas *Un camello en el ojo de la aguja*, *Tardarás un rato en morir*, *Espectáculo para avestruces*, *Las paredes desnudas* y *Hotel de arraigo*, acreedora al Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares en 2015.

JESÚS VARGAS

Originario de Parral, Chihuahua, realizó sus estudios profesionales en Biología en el Instituto Politécnico Nacional. A partir de 1970 se dedicó a la docencia en la Ciudad de México y los estados de Durango y Chihuahua. Ha trabajado como investigador de Historia Regional de Chihuahua con residencia en el Centro de Información del Estado; responsable del área de Patrimonio Histórico del Instituto Chihuahuense de la Cultura; director del Centro de Información del Estado de Chihuahua. Es profesor investigador de la UACJ.

GISBERT HAEFS

Escritor alemán, nació en Renania del Norte-Westfalia (en el pueblo de Wachtendonk) en 1950. Su especialidad son las novelas históricas y policiacas, de las que ha publicado más de una decena. Estudió filología inglesa y española en la Universidad de Bonn y trabajó como traductor de inglés, francés y español a alemán tras graduarse. Arthur Conan Doyle, Mark Twain, Rudyard Kipling o Jorge Luis Borges, son algunos de los autores de los que ha traducido obras a su idioma materno. Autor fijo de la Semana Negra de Gijón, entre sus libros de género más famosos podemos destacar *Aníbal*, *La primera muerte de Marco Aurelio*, *La amante de Pilatos* o *La venganza del emperador*.

Este libro se editó en la Ciudad de México
en el mes de marzo del año 2018.

Todos los derechos reservados.